

MARIO BELLATIN

Gallinas de madera

Sexto Piso

Sinopsis

En la primera obra, «En las playas de Montauk las moscas crecen más de la cuenta», un hombre prueba el ácido lisérgico en Berlín, y se sienta decepcionado al considerar que acaba de ser timado. De pronto pasa una mujer con un perro que abre la mandíbula de manera descomunal, y se da cuenta de que quizá no fue engañado. Irrumpen en su cabeza unas aves de rapiña que esclavizan a un hombre que se les ha ofrecido voluntariamente; esta historia formaría parte de Gallinas de madera, el texto de Hrabal que quedó inconcluso luego de que se tirara por la ventana de la institución mental donde estaba recluido. Le sigue «En el ropero del señor Bernard falta el traje que más detesta», donde Bellatin narra sus paseos con el señor Bernard -trasunto de Robbe-Grillet-, con quien sostuvo uno de sus últimos diálogos públicos antes de su muerte. Con su inconfundible estilo, en este relato testimonia aquel encuentro; poco tiempo después se enteró de la muerte del escritor francés.

Autor: Bellatin, Mario

©2013, Sexto Piso

ISBN: 9788415601227

Generado con: QualityEbook v0.75

«Gallinas de madera, huevos de cristal»

—Canción de cuna de origen desconocido—

EN LAS PLAYAS DE MONTAUK LAS MOSCAS SUELEN CRECER MÁS DE LA CUENTA

Cuando era joven la ciudad que elegía para hacer uso del ácido lisérgico no podía ser otra que Berlín.

Pese a que el muro ya había desaparecido, por muchos años Berlín siguió manteniendo su carácter de península, de lugar alejado del mundo, como una suerte de espacio protegido por las ruinas de los bombardeos que, todavía en esa época, se podían ver de manera regular y algunos habitantes habían convertido en una especie de símbolo.

Una ciudad donde algunos vestían adrede con harapos y donde las paredes derrumbadas de ciertos bares eran iluminadas con discretos rayos láser.

Protegida por el Muro, Berlín presumía su carácter único, de urbe sometida a un régimen particular.

La primera vez que probé el ácido pensé que me habían timado.

Salí casi de inmediato de la casa de la persona que me hizo mostrarle la lengua en la que depositó un pequeño trozo de papel.

Caminé algo molesto por las calles. Me pareció que aquel sujeto había sido incapaz de comprender lo que significaba para mí experimentar semejante aventura.

Mi indignación alcanzó su límite al llegar a la Alexanderplatz.

De pronto algunas personas comenzaron a llamarme por mi nombre.

No me sorprendió que tantos habitantes de Berlín me conocieran, sino que fueran incapaces de respetar una situación tan importante: el día que fui engañado con un ácido falso.

En cierto momento, el dachshund que llevaba una mujer en brazos abrió la mandíbula de manera exagerada.

Sentí que se hizo más grande que mi cabeza.

Sólo en ese instante advertí que estaba sucediendo algo fuera de lo normal.

Tomé asiento en una banca. Exactamente donde cae de manera vertical la sombra que produce la Antena de la Televisión.

Recordé diversas cosas, algunas relacionadas con el escritor checo Bohumil Hrabal, quien se había suicidado tiempo atrás.

Parece que no fue capaz de *soportar la soledad demasiado ruidosa* — título de uno de sus libros más conocidos— en la que se vio obligado a vivir al final de sus días.

Trepó por eso el alféizar de una de las ventanas superiores del asilo donde se encontraba internado y saltó al vacío.

Supuse entonces que durante los últimos años de su vida, Bohumil Hrabal estuvo obsesionado con el trajinar de las palomas que veía a través del pabellón donde se encontraba su cama.

Quizá deseó convertirse en un ave más. Tal vez por eso se aventuró a volar como un pájaro.

Con quien habitualmente conversaba acerca de la muerte de Bohumil Hrabal era con mi psicoanalista, una terapeuta con la que compartí infinidad de sesiones durante algunos años.

Recuerdo que las terapias no las pagaba con dinero sino con textos.

La retribución era un relato, que iba dividiendo en fragmentos con el fin de que el tratamiento se alargara lo más posible.

Lo que me llevó al gabinete de aquella analista era la falta tangible de dinero. Estaba incapacitado en ese entonces para pagar por algún bien o servicio.

En aquella época lo primero que preguntaba ante cualquier propuesta de trabajo era si iba a recibir algo a cambio. Sólo aceptaba el encargo si la actividad no era remunerada.

La analista me dijo que el escritor Bohumil Hrabal, desde pequeño, sufrió de un síndrome semejante —aversión al dinero—. Asunto que lo acompañó hasta la edad adulta, época en la que se curó por un tiempo.

Aquel período de supuesta salud le duró hasta la vejez, cuando recayó y se negó, entre otras cosas, a aceptar regalías por su trabajo.

Se vio donando sus escritos a editoriales y demás medios.

Quizá por eso terminó sus días recluido en un asilo del Estado.

Mi terapeuta —quien curiosamente contaba además con un título de Especialista en Literaturas de Aves Románticas— afirmaba que existía una estrecha relación entre la aversión al dinero y el tipo de ave que cada uno de nosotros, los humanos, solemos representar: según el

dogma imperante en esos estudios, tanto Bohumil Hrabal como yo éramos una especie de búho de montaña.

Otra categoría de división que utilizaban los Especialistas en Literaturas de Aves Románticas, me lo dijo la analista, era aquella que segmentaba a las aves, y por ende a las personas, en de rapiña y en no carnívoras. Algo así como víctimas y victimarios. Amos y esclavos.

Lo extraño —y lo terrible según las propias palabras de la profesional— ocurría cuando una misma persona representaba las dos características a la vez. Es decir, cuando esos roles se hacían reversibles de manera constante.

Volví, allí sentado en la Alexanderplatz, a pensar en las palomas que acostumbraban posarse en el alféizar de la ventana del asilo.

¿Más bien no habrían hartado de tal modo a Bohumil Hrabal hasta llevarlo al suicidio?

¿El arrullo constante, el zureo que suelen emitir, no lo habría hecho tomar como una burla el término *soledad demasiado ruidosa*, concebido en uno de sus libros más importantes?

Vi entonces, sentado yo en la banca, a mis perros, Manga e Isaías, matar una paloma durante uno de los paseos habituales que suelo realizar con ellos.

En aquella ocasión, en el parque situado a dos cuadras de mi casa en la Ciudad de México, se había formado un charco ocasionado por las lluvias de la noche anterior.

Algunas personas se encontraban reunidas al borde del agua estancada. Estaban de pie frente a una mujer que suele ofrecer desayunos ambulantes durante las primeras horas de la mañana.

Las palomas comían los restos que les arrojaban. Yo había salido con los perros hacía pocos minutos.

Al llegar a esa zona, Isaías y Manga tomaron entre sus dientes a una de las aves y la dejaron malherida.

La gente protestó. Yo huí. Los perros me siguieron.

Mientras caminábamos volteamos una y otra vez hacia la presa abandonada.

Los perros seguramente deseaban seguir masticándola.

O tal vez volver hasta donde yacía, seguro ya muerta, para recogerla y traérmela a manera de trofeo.

Escuché que alguien —tal como en la Alexanderplatz— gritaba mi nombre a mis espaldas. Me ordenaba que levantara el cuerpo tirado y lo colocara sobre la rama de un árbol.

A pesar de oírlo a lo lejos, me pareció un pedido absurdo.

Quizá esa persona pensaba que para una paloma era más digno morir en una rama que en un charco oscuro formado por la lluvia del día anterior.

Reflexioné entonces en la cada vez más complicada relación entre los hombres y los animales. En las premisas actuales. En los deberes que se tienen que cumplir en estos tiempos. En preceptos que algunos años atrás nos hubieran parecido inimaginables.

Por ejemplo, en el hecho de adoptar animales y no comprarlos como era lo habitual. El de esterilizar tanto a las hembras como a los machos. Olvidar por completo mutilarlos inútilmente —orejas, colas— o hacerles cortes de pelo en virtud de determinados cánones de belleza.

Pensé también —quizá por los mosquitos que sobrevolaban el charco— en los insectos que nos rodean. En lo nocivos que suelen ser, salvo los que utilizamos para alimentarnos.

Reflexioné también en las ratas que siento de vez en cuando debajo del piso de mi estudio y en una llamada telefónica que recibí justo esa mañana, poco antes del paseo en el cual mis canes apresaron a la paloma.

A través del teléfono me informaron que el perro que hacía más de ocho años le había entregado a mi editora acababa de morir envenenado al morder un sapo.

La editora estaba desolada.

Había llevado al perro a su casa de campo y allí ocurrió el accidente. Se trató de un veneno para el cual no existe antídoto.

Mi editora me llamaba desde la sala de espera de un horno para animales domésticos.

Cuando escuché su voz yo no había paseado aún a los perros.

Salí al instante y, después del incidente con la paloma en el charco, regresé a mi casa.

Los animales llegaron excitados. Ignoro si por el asunto del ave muerta o por no haber realizado el paseo completo.

Daban incontables vueltas a mi alrededor. Sin hacerles caso, me acomodé en mi estudio y busqué en la computadora alguna información sobre palomas en general. Deseaba saber a qué especie podría pertenecer el cuerpo abandonado al lado de aquellas personas reunidas.

Me sentí mal. Tal vez porque en realidad me encontraba sentado en la Alexanderplatz, oyendo que algunos transeúntes me llamaban por mi nombre.

Creo que acciones de esta naturaleza —encontrarme al mismo tiempo en el estudio buscando en la computadora y sentado a la vez en una de las plazas más simbólicas de Berlín— logran que a veces entienda más que nunca a Bohumil Hrabal trepando el alféizar del asilo con el fin de espantar a las palomas.

Cuentan que la caída de Bohumil Hrabal fue estrepitosa.

Que no murió en el acto sino que tardó unos cuantos minutos en dejar de respirar. Que sufrió de una manera semejante al perro de mi editora luego de ser atacado por el sapo venenoso.

La editora me contó que el veneno tardó cerca de una hora en hacer efecto.

Algunos testigos afirman que Bohumil Hrabal no mostró, ni por asomo, la elegancia con la que un ave cualquiera realiza su vuelo final. Esa forma de planear que acostumbran llevar a cabo algunos pájaros a manera de despedida del mundo.

Aunque en más de una ocasión he constatado que en realidad las aves suelen morir acurrucadas sobre sí mismas en algún rincón de la naturaleza.

Recuerdo haber visto a varios pájaros moribundos a lo largo de mi vida.

Sobre todo en las playas de Montauk.

Cuando era niño, más de una vez llegué a pensar que las gaviotas imposibilitadas de volar se quedaban quietas porque habían decidido de pronto hacerse amigas de las personas.

Apenas las percibía en algún recodo, me gustaba acercarme a ellas como para demostrarles mis buenas intenciones.

Intentaba casi siempre darles algo de comer.

No advertía que muchas cojeaban o se quedaban quietas de espanto mientras mi mano las iba acariciando.

Horas después solía encontrarlas muertas. Rodeadas de moscas la mayoría de las veces. Moscas grandes de color verdoso. Las que prefieren alimentarse de carne inerte y casi siempre se les encuentra en las playas.

Insectos de esa misma naturaleza debían estar volando en este momento alrededor de la paloma muerta, que según supe después —me lo contó la propia mujer que atendía en las mañanas a sus clientes— fue colocada por aquellas personas en una de las ramas del árbol, la cual señalaron como el lugar apropiado para dejar una paloma muerta por un perro.

Una mosca verde de las playas, de características similares a las que me aterraron cuando se posaron —dos casi al mismo tiempo— sobre mi mano en la Alexanderplatz tras sentarme en la banca.

Una mosca que vi más grande aún que la mandíbula del perro dachshund que aquella mujer llevaba en brazos mientras cruzaba la plaza.

En ese momento advertí que el tiempo transcurrido entre la mayoría de asuntos que he señalado antes —las personas bajo el árbol y mis perros atacando a una paloma, mis digresiones sobre Bohumil Hrabal y su caída desde el alféizar del asilo, mi preocupación sobre las nuevas directrices que hay que acatar para nuestra relación con los animales, la muerte del perro de mi editora— había durado sólo los escasos segundos que tardó aquel dachshund en abrir el hocico.

Comprendí entonces recién que no había sido engañado por el hombre que colocó el trozo de papel en mi lengua.

Reafirmé que Berlín es el mejor lugar para asumir este tipo de experiencia —la causada por, el ácido lisérgico— y que las moscas verdes no sólo se encuentran en las playas.

Me di cuenta de que una se había posado en mi mano y la otra cerca de mis labios.

Según el testimonio de quienes lo acompañaron, Bohumil Hrabal estuvo hasta el día anterior a su caída revisando un texto al que había titulado *Gallinas de madera* .

Contaba con algunos cuadernos y una pluma fuente de los años cincuenta.

Eran las únicas pertenencias de cierta importancia para el autor.

En su pequeño ropero mantenía un par de frascos de tinta de color azul.

Los personajes principales de *Gallinas de madera* —lo dijo el mismo Bohumil Hrabal— eran unas aves de rapiña que acostumbraban volar sin un rumbo determinado.

«Nosotras, las aves de rapiña que muchas veces olvidamos dónde se encuentran nuestros nidos, acabamos de decidir tener una suerte de aventuras», anotó Bohumil Hrabal en la primera línea de *Gallinas de madera* .

¿Por qué aves de rapiña?, me pregunté sentado en la banca cubierto de moscas verdes.

En realidad, como afirmé, no eran tantas.

Sí, mostraban un tono verde, intenso, pero no pasarían de ser dos o tres.

El encierro en aquel asilo habría llevado a Bohumil Hrabal a perder la razón, pensé.

Después de los libros que había escrito, durante más de cincuenta años, no era posible que dejara como legado un texto donde, entre otros asuntos, una serie de aves de rapiña hacen las veces de personaje.

¿Tendrían acaso que ver estas ideas sobre Bohumil Hrabal con el hecho de recordar la lluviosa mañana en la que mis perros atacaron a una paloma?

En el texto de Bohumil Hrabal, un grupo de aves de rapiña discute no sólo sobre la posibilidad de correr una serie de aventuras sino del horror que puede significar que un esclavo se rebele.

Atender semejante discusión fue para mí mucho más importante que la escena del dachshund que segundos antes abrió de manera descomunal la mandíbula.

Sentado en la banca y posiblemente estimulado por la sustancia que acababa de ingerir, comencé a oír los argumentos de los pájaros de rapiña que salían de las páginas inconclusas dejadas por Bohumil Hrabal.

Imaginé entonces que ese tipo de aves debían de ser más inteligentes que, entre otros pájaros, una paloma.

Quizá el hecho de que fueran de rapiña sustentaba un pensamiento semejante.

Pero de inmediato venían a mi mente las nuevas formas que debemos respetar los humanos en nuestro trato con los animales.

En esos códigos, pensar que un ave es más capaz porque se alimenta de carne puede ser tomado como una barbaridad.

Sin embargo, acababa de ser testigo de cómo mis perros habían atacado a la paloma que trataba de conseguir algún mendrugo de las personas desayunando al lado de un árbol.

Había visto con mis propios ojos a dos animales carnívoros abalanzarse sobre un ave que suele alimentarse de pedazos de pan.

Y en ese encuentro ni siquiera se había generado una lucha.

Los perros no habían tenido que utilizar ninguna habilidad especial para embestirla.

No cabía duda de la inteligencia de los atacantes y de la orfandad —no sólo física— de la víctima.

Decidí de pronto olvidar casi todo lo que me rodeaba.

La explanada de cemento en la que me encontraba sentado, el dachshund de conducta ya retorcida por su ama, pues ni siquiera era capaz de andar por sus propios medios sino que era llevado en brazos.

Quise abstraerme para oír, con algo de claridad, el monólogo de esas misteriosas aves de rapiña.

Aunque parezca poco verosímil esos pájaros comenzaron a comunicarse conmigo.

Allí me encontraba, escuchándolos, inmóvil, cubierto por dos o tres moscas verdes, sentado en una banca de la Alexanderplatz.

«¿Cuál es el punto donde reside nuestro dolor ante la rebelión de un esclavo?», alcancé a oírlas.

Era cierto: el esclavo había huido. Parece que aprovechó que las aves de rapiña estaban lejos. De viaje. En otras comarcas. Con un océano de por medio.

Quizá en los últimos tiempos no habían sido lo suficientemente radicales en el trato que acostumbraban tener frente al esclavo.

Flaquearon tal vez en algunos puntos.

Recordaban que después de volver de un viaje anterior le habían regalado un trozo de carne de cocodrilo escogido de manera especial.

Alguien muy cercano —un miembro de otro tipo de ave, también de rapiña— se los hizo notar.

A un esclavo no se le debe ofrendar ningún tipo de obsequio, les informó.

Semejante regalo podía significar un paso atrás en la relación que supuestamente habían edificado con aquel ser.

Ese trozo de carne —conseguido en una ciénaga— podía ser motivo de confusión sobre la naturaleza del vínculo que mantenía unidos al esclavo con las aves de rapiña.

¿Fueron entonces acaso ellas, con aquella dádiva torpe, quienes propiciaron el actual estado de cosas?

El esclavo había mantenido una condición impecable durante varios años seguidos.

El sistema que comenzaron a establecer las aves de rapiña con el esclavo al momento de conocerlo pasó, eso sí, por distintas etapas.

La primera fue la aceptación por parte del esclavo del desmedido —y poco explicado incluso para ellas mismas— gusto por rodearse de la mayor cantidad posible de perros.

Parece curiosa semejante aseveración, pero las aves de rapiña que describía Bohumil Hrabal eran de una especie que siempre debía tener perros junto a ellas.

Quizá lo hacían porque deseaban sentirse seguras en las noches.

O tal vez por un simple capricho de ave de rapiña.

Apenas despertaban, las aves de rapiña veían desde sus nidos —más bien escuchaban como un vago rumor, pues a diferencia de otras aves éstas acostumbran dormir más de la cuenta— cómo el esclavo sacaba a pasear a los seis perros que mantenían bajo su cuidado.

La noche anterior, los perros habían sido amarrados por el mismo esclavo alrededor de los arbustos en cuyas ramas dormían las aves de rapiña.

La acción de desatar a los animales para pasearlos la solía llevar a cabo el esclavo varias veces al día.

En la mayoría de las ocasiones iban a correr a un parque cercano.

Se preocupaba asimismo de las fechas de las vacunas, de los baños y cepillado de pelo que los animales requerían. De la compra —casi

siempre al por mayor y en lugares especiales— de alimento deshidratado y de los antiparasitantes que se les debía administrar como mínimo cada tres meses.

Aparte de cuidarlos, el esclavo debía amar de manera profunda a cada uno de los canes de los que se ocupaba.

Las aves de rapiña miraban cómo iba encariñándose poco a poco con los perros. Como es natural, muchas veces ese amor era recíproco.

Ninguno de los dos, ni los perros ni el esclavo, podían relacionarse entre ellos a un grado mayor al amor que estaban en la obligación de profesar, tanto los canes como el esclavo, a las aves de rapiña.

El mecanismo que utilizaba el esclavo para mantener la situación dentro de los límites era interesante. Parecía tratarse de un esclavo con experiencia. De nacimiento, podría decirse.

Pero lo que sucedía en la psique de los canes era un verdadero misterio.

Nadie sabía cómo ellos intuían, sin titubeos y a pesar de las muestras de cariño que podían mostrarle al esclavo, quiénes eran los verdaderos amos.

Según Bohumil Hrabal, para las aves de rapiña hacer que el esclavo cuidara y se encariñara con los perros, que los amara de manera profunda, era uno de los pasos más sencillos.

Lo impresionante era el estoicismo del esclavo cuando llegaba el momento en que las aves de rapiña determinaban deshacerse de los canes.

Se ponían de acuerdo y arremetían a picotazos contra los animales.

Los atacaban con una fiereza extrema.

Los canes casi siempre eran tomados por sorpresa, incapaces de entender lo que sucedía de pronto con aquellas aves desbocadas.

Esa situación hacía que las víctimas fueran una presa fácil. Algunas iban directo a los ojos. Intentaban destrozarlos con sus picos afilados. La mayoría de las veces lograban su cometido.

Los perros gemían, aullaban, daban gritos de dolor.

Muchos no sabían si huir de sus atacantes o quedarse estáticos recibiendo el inusitado castigo. Al final terminaban huyendo. Hasta los más apegados.

Ante estos hechos, el esclavo nunca dijo una palabra, ni de aceptación ni de rechazo.

Aquí, sentado en la banca de la Alexanderplatz o huyendo de la paloma muerta al lado de las personas que se alimentaban debajo de un árbol, me parece importante señalar la manera en que las aves de rapiña encontraron un esclavo semejante.

Sucedió de una forma algo vulgar.

De un momento a otro el esclavo comenzó a enviarles fotos de su persona.

«Sé que es difícil que me crean», escribió Bohumil Hrabal en la segunda página del manuscrito, «que un esclavo mande fotos a una serie de aves de rapiña».

Las imágenes que el esclavo comenzó a enviar a las aves de rapiña eran fotos antiguas.

De una época en la que llevaba el pelo largo, que se acomodaba de tal modo que podía guardar algún parecido con una versión precolombina de un autorretrato de Durero.

Parece que Bohumil Hrabal —eso lo discutí con la analista— también envió, con el fin de que le publicaran sus textos, fotos a algunos editores cuando era joven.

Imágenes falsas. Mandó retratos de parientes viejos con la intención de que aquellos editores pensarán que se trataba de un hombre serio y no del joven desorientado cuya única pasión era la de escribir.

A las enfermeras del sanatorio, que lo veían con su cuaderno y su pluma sentado al borde de la cama, les decía cuando se lo preguntaban: no soy yo quien escribe.

Soy otro cuando narro. No el viejo que ustedes están mirando en este momento.

Por ejemplo, puedo contar cómo acabo de ser engañado por un hombre que colocó un trozo de papel en mi lengua.

O describir a mis perros atacando a un pájaro al lado de unas personas que desayunan en la calle.

No soy yo cuando busco reflexionar acerca del escritor checo recluido en una institución pública, y su curiosa relación con las palomas que abarrotaban las ventanas del piso donde se encontraba internado.

Soy capaz por eso de escuchar a unas aves de rapiña comunicándose sobre la vez en que se les rebeló un esclavo que al principio —por las fotos que les fue enviando— les dio la idea de tratarse de una versión de algún cuadro de Durero.

De un esclavo que utilizaron para cuidar a sus perros.

A aquellos canes que aseguraban querer tanto, aunque de manera temporal.

Allí estaba la pluma, los frascos de tinta azul y los cuadernos con los que redactó *Gallinas de madera* .

Bohumil Hrabal estaba convencido de que uno de sus logros mayores era poder existir sólo dentro de lo que iba escribiendo.

Jornadas, meses enteros, donde no tenía que acudir a lo real para continuar con su existencia.

Bohumil Hrabal vivió durante mucho tiempo con la idea de no sentir como propia su escritura.

Aunque recordaba con horror las cientos de horas gastadas de manera compulsiva frente a una Underwood fabricada en 1915, con la que llevó a cabo algunos de sus libros.

El tiempo dedicado a las correcciones interminables.

La necesidad que tenía de encontrar oyentes para las páginas que acababa de redactar, cuya sola presencia colocaba una suerte de sello en lo escrito.

En ese tiempo contaba también con una jaula con un par de pájaros de cartón dentro.

Afirmaba en ese tiempo que la cercanía de semejantes pájaros le brindaba una peculiar paz interior.

Aunque de vez en cuando lo atacaban determinados estados de paranoia, durante los cuales veía la habitación que rentaba devorada por el fuego.

Los manuscritos siempre se encontraban dentro.

Se veía por eso obligado a repartir los originales a distintos conocidos, pues no admitía la opción de que el supuesto incendio se pudiese producir en una casa ajena.

En cierto momento ocurrieron determinados sucesos que lograron que la palabra fuera poco a poco desenredándose.

Ya no se comía a sí misma, sino que comenzó a transformarse en libros. Uno tras otro.

Esa palabra, obstinada en ser valiosa en su propia esencia, se hizo por fin comunicable.

Aquello le sucedió a Bohumil Hrabal luego de ser tratado de manera médica por ciertos especialistas del lenguaje.

Fue examinado para saber cómo era posible que las palabras fluyeran una tras otra sin un aparente control de su parte.

No se llegaron a conclusiones exactas después de los estudios, sin embargo parece que el hecho de apreciar ese ejercicio como un fenómeno fuera de lo normal fue motivo suficiente para que Bohumil Hrabal comenzara a escribir con determinado orden.

Antes de ese período, Bohumil Hrabal no podía reprimir el impulso de ir colocando las palabras en una aparente cadena sin comienzo ni fin.

Su palabra fue lentamente tomando forma.

Aquellas frases sin una lógica aparente empezaron a mostrar un contenido que se fue haciendo cada vez más nítido hasta convertirse en los libros admirables que todos llegamos a conocer.

Un proceso que llevó hasta la redacción de *Gallinas de madera*, donde nuevamente más de uno puso en tela de juicio la lucidez de semejante autor.

Algunos incluso llegaron a comparar el texto *Gallinas de madera* —que se publicó un año después de la muerte del autor— con la escritura que practicaba Bohumil Hrabal antes de ser estudiado por los especialistas.

En esa época el autor no sólo sufría de esta necesidad de crear oraciones sin una estructura definida, sino que también entonces estaba incapacitado —como bien me lo informó la analista— para recibir dinero a cambio de su trabajo.

Era la época en que, según ella, se mostraba en su mayor esplendor su condición de búho de montaña.

Lo que no me queda claro —eso lo discutí con la misma analista— es si yo también en algún momento de mi vida me volveré a convertir en un búho de montaña.

La analista nunca me ha dado una respuesta contundente, pero yo pienso que algo así ocurrirá tarde o temprano.

De otro modo no estaría en ese momento sentado en una banca oyendo distintas voces.

Aquel desequilibrio debe ser más complejo de como se manifiesta a simple vista.

Quizá por eso escucho en este momento —sin hacer mayor esfuerzo— lo que expresan las aves de rapiña de su esclavo y las aparentes palabras de cariño —que nunca se supo si eran falsas o no— que Bohumil Hrabal les dirigió a las palomas mientras se acercaba a ellas con sigilo llevando algunos trozos de pan.

Oigo también un debate acerca de una obra literaria: *El cardenal y el tapacaminos* .

Nunca supe de dónde provenían semejantes voces.

La polémica que me tocó apreciar en la banca parecía centrarse en el hecho de que esos dos tipos de aves tienen muy distinta naturaleza.

Viven en ambientes absolutamente diferentes.

El cardenal en las campiñas y el tapacaminos en los desiertos.

Quien dirigía la polémica que iba yo oyendo allí sentado, era una suerte de académico, quien lucía una corbata roja y lanzaba diatribas sobre lo que sucedía con las investigaciones literarias en el país en general.

«Todo muy aburrido, a mi entender», repetía el hombre de la corbata a viva voz.

A mí me seguía interesando más lo absurdo de la situación de un grupo de aves de rapiña dueñas de un esclavo, que el asunto del encuentro entre dos pájaros de distinta naturaleza.

Pero ese académico seguía con su discurso.

Luego de leer *El cardenal y el tapacaminos* , Bohumil Hrabal no tuvo sino elogios sobre la parte del libro donde las aves representadas se refieren a sus vidas pasadas.

Una, el cardenal, fue en una de sus existencias un perro egipcio y la otra, el tapacaminos, una piedra olvidada durante centurias en el fondo del mar.

A Bohumil Hrabal le llamó especialmente la atención el realismo, verdaderamente apabullante, con el que el cardenal describe la forma en que le dieron muerte después del deceso del faraón, y daba detalles exhaustivos de cómo su cuerpo fue momificado junto al de su amo.

Las memorias de una piedra en el fondo del mar, descritas por el tapacamino, impresionó de tal forma a Bohumil Hrabal que se atrevió a catalogarla como una narración imposible de encontrar en la historia de la literatura.

Yo había conocido sólo a una persona que manejaba semejante tema. A mi analista, quien estudió el asunto durante los años que pasó en la República Checa.

En ese entonces aquel tipo de estudios era algo popular en el país.

Incluso Bohumil Hrabal llegó a saber sobre Literaturas de Aves Románticas casi al nivel de un erudito, aunque nunca quiso hacer públicos sus conocimientos.

Aquello hubiera significado su adhesión al régimen político que le tocó vivir.

En los años posteriores a la guerra, en la Universidad Nacional casi no se tocó otro tema. Eso sucedió en el área de Humanidades.

En el círculo de ciencias, los esfuerzos prácticamente se centraron en la creación de una nueva raza de perros.

El perro lobo checoslovaco. Tarea para la cual fueron encomendados los mejores genetistas del país, quienes cruzaron ejemplares de pastor alemán con lobos de los Cárpatos.

Tuvieron que pasar algunas generaciones antes de que se lograra que los lobos se transformaran en perros.

No sé si en estos días se podría llevar adelante un experimento semejante con la facilidad como se hizo en su tiempo.

A mi entender, uno de los parámetros establecidos en la nueva relación entre los animales y seres humanos establece que se respete de la manera más estricta la esencia de cada una de las especies.

Quizá sólo el grupo de aves de rapiña contenido en la primera página del libro escrito por Bohumil Hrabal hubiera estado feliz con aquel experimento.

Una jauría de perros lobo checoslovaco era lo que hubieran elegido para encargarle al esclavo durante, al menos, una temporada.

Desde la primera imagen enviada a las aves de rapiña el esclavo dejó en claro su rol.

Que se atreviera a mostrar un retrato semejante: el de un Durero precolombino, bastó para que las aves de rapiña supieran de quién se trataba.

Como en ese entonces las aves de rapiña daban la impresión de encontrarse en un supuesto momento de lucidez, le preguntaron al futuro esclavo sobre lo que era capaz de ofrecer.

«Les puedo dar mi cuerpo», contestó sin mayor trámite.

«¿Su cuerpo?». «¿Sería acaso realmente atractivo involucrarse con semejante copia de Durero?».

¿Es que ese esclavo no conocía acaso las decenas de maneras, casi inmediatas además, con las que cuenta la ciudad y sus alrededores para establecer en cualquier momento del día la relación que se desee con otros cuerpos?

Las aves de rapiña estaban seguras, según el texto que Bohumil Hrabal dejó escrito antes de salir a dar de comer a las palomas, de que lo sabía a la perfección.

Que era consciente de que ese argumento —el de ofrecer el cuerpo— no iba a movilizar en lo más mínimo ningún tipo de interés.

Sin embargo, en el hecho de expresarlo —en su aparente falsa inocencia— es que las aves de rapiña advirtieron su condición servil.

Convinieron entonces en una cita.

El esclavo debía ir caminando hasta unos arbustos situados en las afueras de la ciudad.

Señalaron una fecha y una hora como únicas para el encuentro.

O el esclavo se hacía presente en ese momento o se acababa por completo la incipiente comunicación.

Al día siguiente lo encontraron, sentado al lado de los arbustos, incluso unos minutos antes de la hora que habían dispuesto.

El intercambio fue relativamente breve.

Para hacer el acuerdo formal no se necesitó de mucho tiempo.

Comenzaron ese mismo día con la rutina acordada.

Desde ese momento han pasado casi tres años. Tiempo en el que las leyes de la relación se han visto sometidas a una serie de modificaciones.

Casi al instante comenzaron a aparecer los perros amarrados a los arbustos.

Sin embargo, y a pesar de esa aparente claridad en los roles, muy pronto dejó de saberse quién era realmente el amo y quién el esclavo.

Poco a poco, como empezaron a advertir las propias aves de rapiña, el esclavo se hizo indispensable.

En esa etapa una de sus compensaciones, aparte de las que le otorgaba su propia condición, fue comenzar a hacer público su estatus de esclavo de aves de rapiña.

Parecía encontrar un placer extremo mostrando a los demás miembros de la sociedad que semejantes pájaros lo habían escogido a partir de una foto.

Se presentaba ante el resto como el esclavo perfecto.

Estoy seguro de que de haber estado a mi servicio o al de mi editora no hubieran ocurrido los percances que protagonizaron nuestros perros.

Sé que hubiera hecho todo lo posible por impedir que Isaías y Manga atacaran a la paloma durante el paseo que estaban realizando aquella mañana, o que el perro de la editora se acercara a un sapo venenoso.

Un esclavo semejante me hubiera advertido que no era cierto que los pájaros se dejaban tocar porque habían decidido establecer vínculos de amistad.

Me habría informado que se trataba de pájaros enfermos que buscaban un rincón pacífico donde morir.

Incluso si ese esclavo hubiera servido a Bohumil Hrabal es muy probable que evitara su estrepitosa caída.

Estoy convencido de que aquel esclavo sería lo suficientemente sutil como para haberle sugerido otra clase de muerte.

Es posible que incluso incursionara, ante un descuido de las enfermeras, en la sala de medicamentos y le consiguiera fuertes dosis de morfina sintética, con la que le hubiera producido a su amo una muerte agradable.

Yo mismo oí a las aves de rapiña que expresaban desesperadas cómo se les había rebelado el esclavo.

En ese instante la sombra de la Antena de la Televisión se había movido unos breves centímetros.

Ya no caía en la parte central de la banca sino se enfilaba hacia la derecha.

Repito, unos pocos milímetros.

Algo apenas perceptible.

Las aves de rapiña continuaban clamando. Con tonos agudos. Se trataba de un sonido rotundo.

«Se nos rebeló el esclavo». «Se nos rebeló el esclavo», repetían sin importarles lo que sucedía alrededor.

Parloteaban sin mostrar el menor respeto por el engaño que acababa de sufrir al aceptar un trozo de papel en la lengua.

Esa suerte de pulsión por hacer que Berlín fuera la ciudad escogida para hacer uso de sustancias semejantes comenzó cuando tuve la necesidad de publicar mi primer libro.

Fue en ese momento que decidí inventarme como escritor.

En ese entonces no recurrí a los métodos tradicionales de edición y creo que ese acto tiene hasta ahora repercusiones.

Recuerdo que ese año contaba con el borrador de un libro del que debía deshacerme a como diera lugar.

La presencia de un texto sin publicar dificultaba el fluir de mis siguientes palabras.

Aquel libro fue el que utilicé para pagar las sesiones con la analista.

De ese modo logré librarme de su presencia.

Lo había ido redactando por partes con la intención de que se convirtiera en la moneda de cambio necesaria para lograr la terapia.

Ese libro se refería a un personaje que deseaba ser sacerdote y era engañado por sus superiores.

También a una mujer que mantenía una experiencia particular con los jardines a su cargo, y a un luchador chino que huye de una venganza internacional.

Es el texto donde aparecen los Domitians, los Priestas, la Dama Melik, la Zenska Rita Diajmela, el Keeper Konji, el Warlock Caetano, el Godospar, el Gejlar, don Santos, y la correcta señorita Progresati.

El texto que empecé a entregarle a la analista con el fin de ser admitido en su gabinete empieza describiendo el desasosiego que siente el tal Domitian cada vez que corta las rosas para las misas semanales.

Aquel estado anormal que lo toma parece tener su origen en el recuerdo de lo que pudo haberle sucedido con una mujer.

El asunto de Domitian ocurrió cerca de la frontera, cuando era joven y estaba bastante entregado a la religión.

La Iglesia y el Catecismo ocupaban casi todos los pensamientos de Domitian, quien se encandilaba cuando el Priest —sacerdote— Gorazd ofrendaba la misa.

Domitian daba la impresión de estar maravillado con el Priest Gorazd, sobre todo cuando lo contemplaba al lado de los cálices brillantes del altar desde donde oficiaba.

Domitian se deleitaba también con las imágenes de los santos y de la virgen colocados en forma ordenada a los extremos de la nave central de la iglesia.

Cuando acababa la misa, Domitian se apresuraba a acercarse al Priest Gorazd para ofrecer acomodar las bancas y limpiar el piso.

Domitian sabía la misa de memoria, pero nunca le dejaron ayudar en el oficio ni tampoco le permitieron pasar jamás el cepillo de la limosna: esas actividades estaban reservadas para los estudiantes de la escuela de la parroquia.

La primera vez que le entregué semejante parte del texto a la analista, la profesional no me dijo una sola palabra.

Pensé que la sesión iba a girar alrededor del contenido de la escritura que yo le estaba ofrendando a cambio de dinero.

Recuerdo que dobló en dos el papel donde se lo entregué, y antes de que me despidiera miré cómo lo guardaba en el cajón de un pequeño mueble que tenía instalado en el gabinete donde atendía.

Un tanto desconcertado, en la segunda sesión le continué entregando la historia.

La Progresati Karavanti venía a buscar a sus hermanas, pero en ese momento estaba sólo Domitian leyendo algunos versículos de la Biblia.

La Progresati Karavanti se le acercó, se abrió la blusa y le dijo tócame aquí.

Domitian se asustó y salió corriendo con dirección al bosque. Domitian no contó a nadie lo sucedido, y cada vez que la Progresati Karavanti aparecía por su casa escapaba con dirección a la estación de gasolina donde trabajaba su madre.

Todavía en ese entonces no habíamos tocado el tema de Bohumil Hrabal. Hasta ese momento yo desconocía que para la analista tanto Bohumil Hrabal como yo estábamos considerados como búho de montaña.

En esta sesión la analista tuvo una actitud semejante a la primera. Dobló cuidadosamente la hoja de papel y antes de despedirme la guardó en el mismo cajoncito de la vez anterior. A partir de entonces dejó de interesarme lo que pensara del contenido de los textos que yo le iba entregando en lugar de dinero.

Las sesiones no versarían, como ya dije que había supuesto, sobre mi escritura. En realidad no versaban sobre nada en particular. Había ocasiones en que nos quedábamos callados durante toda la sesión.

Yo entraba al gabinete, la analista se quedaba mirándome y yo a ella durante un rato interminable.

Sólo apartaba yo la vista para apreciar la gran cantidad de aves disecadas que se acumulaban sobre los estantes. Las había de distinto tipo y tamaño.

Cuando ya le había entregado una serie de capítulos y de manera repentina, recuerdo que era una tarde de julio, me preguntó si yo conocía al autor checo Bohumil Hrabal.

En la playa de Montauk hay una serie de construcciones que han sido edificadas alrededor de los grandes laboratorios de experimentación, lo que le dan un aire de misterio a la zona.

Desde la colina mayor se alcanza a ver una playa amplia.

Ignoro las razones por las que mis padres pasaban los veranos en ese lugar.

Allí fue donde conocí a esas moscas verdes que en este momento recorren mi cuerpo.

En medio del mar hay dos islotes que dan la impresión de tratarse de una ballena y su cola.

Según lo que cuentan, una mosca gigante apareció sobre el cuerpo de Bohumil Hrabal poco después de su caída del alféizar.

Una mosca similar a las que —según lo que algunos afirman— son genéticamente modificadas en los laboratorios de Montauk.

A veces trato de hablar con los editores sobre mis tiempos y métodos de trabajo.

Trato de explicarles lo importante que es para mí un libro de esta naturaleza.

Si bien es cierto comenzó con la idea de conseguir una suerte de moneda de cambio para poder ser atendido por la analista, finalmente —casi al acabar el tratamiento— advertí que podía tratarse de un libro autónomo.

Aunque yo, como Bohumil Hrabal, no estoy seguro de haber escrito algo semejante.

Y menos puedo asegurarlo después de haber viajado a Berlín con la intención de probar ácido lisérgico.

Con la mayor parte de los editores guardo una buena relación. Hasta ahora no ha sucedido algo semejante, pero tengo la sospecha de que pronto estos mismos editores comenzarán a rechazarme.

Que se alejarán de mí de la misma manera como lo harían de Bohumil Hrabal si intentara cobrar nuevamente por lo escrito.

Aun más si Bohumil Hrabal acudiera donde uno de sus editores habituales y presentara el texto redactado durante los meses que pasó recluido en el sanatorio donde pasó sus últimos días.

Un relato protagonizado por aves de rapiña que se quejan por el abandono de un esclavo.

Pienso que los editores se desharán de mí cuando descubran que soy un impostor.

Alguien que al mismo tiempo que es un farsante no puede nunca dejar de ser un escritor.

Para quien la experiencia de probar ácido lisérgico no tiene otro sentido sino el de describir luego la experiencia.

Quizá sea ésa una de las razones por la que ahora está escuchando de manera directa a las aves de rapiña que describió Bohumil Hrabal en un texto que jamás vio editado.

Oí que las aves de rapiña repetían: «Se nos rebeló el esclavo. ¿Habrá ahora alguien dispuesto a cumplir el rol? ¿Cuál es el punto donde reside el dolor?».

Es cierto, el esclavo huyó.

Aprovechó que las aves de rapiña se encontraban lejos. De viaje.

En otras comarcas.

Con un océano de por medio.

Quizá no fueron, en los últimos tiempos, lo suficientemente radicales en el trato que acostumbraban llevar a cabo.

Flaquearon tal vez en algunos puntos.

Fue después de unos meses de llevar a la práctica una rutina semejante —de tener consigo un esclavo que cuidase de sus perros— cuando comenzó una de las mayores crisis emocionales que han sufrido las aves de rapiña durante sus existencias.

Empezaron, poco a poco, a padecer de una creciente depresión y a sufrir cada noche de ataques de pánico.

Felizmente que contaban con el esclavo durmiendo al pie de los arbustos donde habitaban.

Con un esclavo que de buena fe se iba a encargar no sólo de los perros mientras las aves de rapiña estuviesen deprimidas, sino también de la organización de los papeles burocráticos propios de los tratamientos científicos que seguramente iban a necesitar para sobrellevar aquel inusual estado de cosas.

Fue así como tanto las aves de rapiña como el esclavo comenzaron a visitar juntos a profesionales de prestigio, quienes les recetaron una serie de medicinas que, de manera contraproducente, empeoraron ya no sólo sus estados mentales sino también los físicos.

Desde un comienzo las aves de rapiña engordaron de manera inusitada.

Alcanzaban con dificultad las ramas más bajas de los arbustos para dormir.

Curiosamente, los científicos comenzaron a mostrarse cada vez más ineptos.

El esclavo los volvía a consultar y eran en vano sus respuestas.

Una vez pasada la etapa de estos científicos, tanto el esclavo como las aves de rapiña tuvieron que acudir a los diferentes hospitales de pájaros que existen en la ciudad.

Para eso también tenían consigo al esclavo.

Para que tuviera preparadas desde el día anterior las rutas que habrían de seguir desde muy temprano en la mañana.

Los documentos que seguramente les pedirían en cada una de las instituciones que visitaran.

De esa manera recorrieron decenas de hospitales, donde ningún especialista parecía poder dar con el origen del mal.

Las aves de rapiña nunca habían visto antes al esclavo cumpliendo de manera tan diligente su rol de verdadero amo.

Eran impresionantes los elementos de su conducta que se hacían evidentes en tales circunstancias.

Había momentos en que parecía olvidarse de sí mismo para entregarse a su misión de amo esclavizado.

Finalmente, al ver que ninguno de los tratamientos surtía efecto, el esclavo consultó con un investigador renombrado.

Le preguntó lo que él haría si estuviera en una circunstancia semejante.

El especialista les contestó que había una suerte de acuerdo entre los profesionales del área, y si alguno mostraba un cuadro de una naturaleza semejante a la que traían las aves de rapiña consigo no recurrirían a los tratamientos que ofrecían de rutina.

Cada uno de ellos se sometería a sesiones de electroshock.

Le advirtieron al esclavo que sonaba como un tratamiento extremo, pero que era un método benigno.

Para llevarlo a cabo debía internar a las aves de rapiña en el hospital donde trabajaba el investigador a quien se le consultó.

Someterían luego a las aves de rapiña a una serie de sesiones, para lo cual utilizarían una suerte de camillas provistas de electrodos diseñados para ser colocados en las sienes de las pequeñas cabezas de cada una de ellas.

Durante el resto del tiempo, las aves de rapiña debían permanecer recluidas en una suerte de jardín techado con una plancha de acrílico transparente.

En ese tiempo la misión del esclavo pareció alcanzar una suerte de plenitud.

Se convirtió en aquel entonces en una persona indispensable.

Efectuó las gestiones, consiguió los exámenes médicos que hacían falta para los internamientos en un tiempo récord.

Muy temprano en la mañana se ocupaba de desamarrar del tronco del árbol a los seis perros y luego llegaba diariamente a los horarios de visita del hospital.

El esclavo contaba con un intelecto no deleznable —una memoria casi fotográfica—, aunque por una serie de problemas, creo que de personalidad, es poco probable que fuera a llegar a ser una persona destacada.

Por más que lo intentase con esta huida que acababa de protagonizar.

Es por esa razón, porque se trataba de un individuo con un cociente medio superior, que a las aves de rapiña les llamaba la atención que en ningún momento pusiera en cuestionamiento ninguno de los deseos de cada una de ellas.

¿Por qué no cuestionó el tratamiento de electroshocks que se propuso?

En el caso de los perros, que llegaban y eran intercambiados uno tras otro, sucedía lo mismo. Todo se hacía por voluntad soberana de las aves de rapiña.

Quedaba demostrado con estos acontecimientos que la misión del esclavo era la de obedecer, con una diligencia extrema, como ciega, el menor de los caprichos.

Pero era lógico, pues el pacto que había establecido con sus amos era el de cumplir de manera total la menor de sus exigencias.

Resultaba inexplicable que alguien con sus capacidades intelectuales hubiese permitido no sólo la convivencia con seis perros en aquellos arbustos, sino el internamiento de las aves de rapiña en semejante institución.

¿El esclavo en realidad buscaba el aniquilamiento del amo?

Por supuesto que sí, su obsesión por servir debía llegar, como sucede siempre en esos casos, al punto de devorar al elemento que es servido.

Debía servir y servir, en una mecánica incesante, hasta que los amos dejaran de ser amos para ser convertidos en desechos, quizá con la

esperanza de poder encontrar pronto otro amo al cual obedecer de la misma ciega manera.

Es interesante notar que en esa parte del manuscrito de *Gallinas de madera*, Bohumil Hrabal citara una frase de Heráclito de Éfeso: «es necesario deshacerse de los cadáveres antes que del estiércol».

Estoy seguro de que rememoré esa frase la mañana que saqué a pasear a Manga y a Isaías a dar la vuelta de rigor temprano por la mañana.

Lo recordé quizá porque me vi llevando la bolsa de plástico necesaria para recoger los excrementos que fueran dejando a su paso los perros.

El estiércol de los perros y el cuerpo muerto de la paloma.

La necesidad de ir detrás de los perros con una bolsa para alzar los desechos —regla fundamental dentro de la nueva y conflictiva relación que está comenzando a darse entre los hombres y los animales—, y el reclamo de las personas que desayunaban de colocar a la paloma sin vida en la rama de un árbol.

En este caso la frase de Heráclito de Éfeso —regido seguramente por las antiguas reglas que normaban la relación entre los hombres y los animales— aconsejaba lo opuesto.

Primero había que desechar los cadáveres y quedarse un tiempo con el estiércol.

Seguramente, la dama que llevaba el dachshund entre los brazos tenía en regla los conocimientos acerca de la nueva urbanidad animal.

Cuando cruzó la Alexanderplatz con el perro, lo más seguro es que supiera lo que habría que hacer tanto con el estiércol como con el cuerpo del perro en caso de que sufriera un percance que le produjera la muerte.

Bohumil Hrabal, quien lo más probable es que estaba harto ya no sólo del zureo sino del muladar en que con sus excrementos las palomas habían convertido el alféizar de la ventana del hospicio, entendió algo semejante.

Por esa razón trepó por la ventana, el pijama era de franela celeste.

Tal vez lo último que debe haber pisado antes de convertirse en cadáver fue rastros de excremento.

Más de una vez he pensado que la verdadera intención de Bohumil Hrabal no fuera la de suicidarse, sino que su intención se limitó quizá a lograr que su sola presencia de anciano desquiciado fuera lo

suficientemente poderosa como para lograr que a ninguna de las palomas se le ocurriera regresar más.

Seguro se equivocó.

Es más que evidente que erró por completo.

Todo hace indicar que el sacrificio de Bohumil Hrabal no sirvió para espantar a ningún animal.

Hasta ahora deben encontrarse posadas allí aquellas palomas, ensuciando y enloqueciendo con su zureo a los ya suficientemente enajenados internados en aquella institución.

Pero éste era un hospicio de ancianos.

No la clínica de electroshocks donde fueron a parar las aves de rapiña conducidas por el esclavo.

A pesar de que el especialista lo había negado desde el principio, el esclavo había averiguado que las secuelas de los tratamientos a los que estaban siendo sometidas las aves de rapiña podían ser graves.

Al menos durante un tiempo las aves de rapiña iban a ser incapaces de tener plena conciencia de su condición en el mundo.

Iban a estar desorientadas, aprendiendo nuevamente hasta la más elemental de sus conductas habituales.

Sería la hora en que el esclavo se convertiría en más amo que nunca.

En cierto momento del relato, las aves de rapiña comenzaron a comunicarse en primera persona.

Empezaron a usar el nosotros para referirse a ellas mismas:

«Cuando tomamos conciencia de lo absurda y peligrosa que era la situación en la que nos encontrábamos dentro de aquel hospital, tomamos la decisión de salir de aquel recinto de inmediato.

Cuando nuestro esclavo arribó a la hora habitual de las visitas y se enteró de nuestra decisión de partir, puso su diligencia habitual para llevarnos a nuestra arboleda nuevamente.

Nos encontró en un momento previo a un ataque de claustrofobia.

Ya habíamos sido sometidas a cuatro sesiones de descargas eléctricas.

Las dos primeras pasaron casi inadvertidas. Nos acostaron en las camillas, nos aplicaron anestesia y despertamos como si nada fuera de lo normal hubiese sucedido.

Pero en la tercera sesión las cosas fueron diferentes. Despertamos antes de tiempo y el relajante muscular aplicado no había dejado todavía de surtir efecto. En otras palabras, nos encontrábamos rígidas, casi sin poder respirar.

Luego nos enteramos de que durante las sesiones, dados los atributos de los medicamentos, nos aplicaban respiración artificial por medio de un fuelle que abrían y cerraban manualmente con celeridad.

Sin embargo, en esa tercera ocasión despertamos y advertimos que el movimiento del fuelle no coincidía con nuestra necesidad de oxígeno, y mucho menos con nuestro ritmo respiratorio.

El año anterior habíamos participado, nosotras las aves de rapiña, en una película de carácter experimental que obtuvo cierto reconocimiento en algunos festivales.

Con aquel director teníamos el plan de repetir de cierta manera la fórmula, por lo que contábamos entre nuestros proyectos efectuar una emigración con fines artísticos unos meses después.

Cuando el director de cine se enteró de nuestra condición —la de haber sido internadas en el hospital con el fin de recibir aquel tratamiento—, se alarmó lo suficiente como para sugerirnos que adelantáramos el viaje.

Adujo que debíamos escapar de las condiciones que nos habían podido llevar hasta ese punto tan desesperado de nuestra salud.

Quizá sea obvio que afirmemos que el esclavo estuvo de acuerdo también con este plan.

En realidad, a pesar del verdadero interés del director de cine por nuestro bienestar, estábamos conscientes de que se trataba de una invitación algo ilógica.

Ahora que lo vemos a la distancia advertimos que no tenía sentido realizar una migración semejante.

No estábamos en condiciones todavía para decidir sobre nuestro destino.

Pero allí estaba presente el esclavo. De acuerdo con la idea de que sus amos se ausentaran a la deriva por tiempo indefinido.

Dispuesto a quedarse cuidando la pequeña arbolada, los perros.

En ningún momento insinuó que tal vez no sería una buena idea realizar semejantes planes. Tampoco dijo que extrañaría nuestra presencia. Que quizá algo en esa idea de viajar como una suerte de huida podía tener algo de contraproducente.

No.

Se limitó a asentir y a dejar todo listo para que nuestra migración se llevara a cabo sin contratiempos».

Fue entonces cuando una de las moscas verdes intentó meterse en mi boca.

No era que la tuviera abierta, pero noté que hacía esfuerzos por introducirse entre mis labios.

Ya en ese momento sabía que ese tipo de mosca no era una especie exclusiva de la playa.

Me pareció entonces natural que existiesen en una ciudad que hacía de las ruinas causadas por los bombardeos una suerte de símbolo.

Comprendí entonces la verdadera naturaleza del dolor de las aves de rapiña creadas por Bohumil Hrabal en el texto *Gallinas de madera* .

Las enfermeras que guardaron los objetos de Bohumil Hrabal en una valija de cuero afirmaban que no fue posible colocar todas las páginas dentro.

Algunas hojas quedaron desperdigadas.

Una sobrina del escritor —una mujer mayor que resultó ser la única pariente viva— se presentó algunos días después a recuperar las pertenencias del tío.

Ella no vivía en la ciudad. Había emigrado desde que era una niña.

La figura del escritor en su vida era sólo un vago recuerdo.

Venía de hablar con la casa editora, donde averiguó que los contratos estaban en regla.

Bohumil Hrabal había firmado para no recibir nada a cambio por su trabajo.

A la sobrina sólo le faltaba pasar por las pertenencias.

Como es de suponer no había casi nada. Sólo quedaba la pijama de repuesto. La que no había usado para saltar por la ventana. La pluma

fuelle. Doscientas hojas de papel en blanco. Los dos frascos de tinta azul.

Cuando le entregaron la valija, la sobrina no pareció saber qué hacer con ella.

Conforme a derecho, los manuscritos ya habían sido recogidos por la editorial.

Lo más probable es que la sobrina se deshiciese de la valija cuando advirtiera que no contenía nada de valor.

No tengo idea de cómo, allí sentado en una banca de la Alexanderplatz, podía conocer con tal exactitud los detalles de la visita que hizo la sobrina de Bohumil Hrabal un mes después de que se tirase por la ventana.

Miré la sombra de la Antena de la Televisión y, pese a lo que hubiera sido lo lógico, la sombra no había avanzado ni un ápice.

Se encontraba en el punto exacto donde estuvo en el momento en que el perro de la mujer abrió el hocico con exageración.

Es más, curiosamente sentí que me encontraba sentado en aquel banco sin siquiera haber llegado todavía a la plaza.

Acababa de salir de la casa del sujeto sin escrúpulos que colocó un ácido lisérgico falso sobre mi lengua.

No acababa de despedirme de su persona.

De agradecerle en secreto el favor que supuestamente me acababa de hacer.

Pero no, estaba allí sentado.

En mi estudio.

Donde a veces escucho chillidos de ratas debajo del piso.

Las playas de Montauk estaban en mi recuerdo.

El Gran Hotel y el Centro de Experimentación.

Los animales mutantes, con formas de monstruo, que a veces aparecen en sus orillas.

En esas playas no sólo se ven las aves que se refugian en la arena buscando la muerte.

Las moscas verdes que sobrevuelan por sus orillas en busca de carne podrida o en proceso de descomposición.

Si miraba hacia el mar podría imaginar que en su fondo se hallarían no una sino varias piedras.

Estáticas durante siglos.

Desde el origen de los tiempos.

Sin conciencia de su ser piedra.

Se me hacía sumamente extraño que una de ellas hubiese sufrido reencarnaciones hasta convertirse en un ave.

Lo pensé de manera más detenida y noté que algo estaba mal en el origen de esta historia de *El cardenal y el tapacaminos* .

Según lo que yo tenía entendido era necesario que algo muriese para que tuviera la posibilidad de reencarnarse.

Se me ocurrió allí, sentado debajo de la Antena de la Televisión, en lo imposible de que una piedra muriese.

Quizá yo estaba equivocado al pensar en la muerte como la supone la mayoría.

Una piedra podría disolverse, eso sí.

De eso estaba seguro, y más en ese momento en que parecían haber disminuido las voces en la plaza que me llamaban por mi nombre.

¿A una desintegración se le podría llamar muerte?

Es probable, pensé.

Quizá por esa razón, cuando lo devastado llegase a su mínimo nivel podría hablarse de una transmigración.

El cardenal no narraba, en ese libro al menos, cuál había sido la siguiente vida que le había tocado experimentar.

Pero tampoco lo verosímil del tapacaminos estaba por lo visto resuelto.

Quando el personaje mencionaba que había sido el perro de un faraón, al que habían eliminado una vez muerto su amo, no quedaba claro cuál era la perspectiva desde donde se situaba en el relato.

El punto de vista.

El tapacaminos incluso se atrevía a describir la forma en que era momificado.

Entonces, pensé, que quizá entre una encarnación y otra hay una suerte de estado gel de existencia, mediante el cual los seres, animados y no — el caso de la piedra es ejemplar—, son una suerte de testigos de lo que está ocurriendo en la realidad.

Un estado gel de la existencia de una magnitud similar a la que en esa época vivía una ciudad como Berlín.

Encerrada dentro de un muro.

Con las vías de acceso controladas.

Subvencionada en virtud de ese mismo aislamiento.

Donde buena parte de los habitantes rendían una suerte de culto a la devastación sufrida décadas antes.

A las ruinas y descampados en lo que estaba convertida buena parte de la ciudad, sobre todo en la época en que la escogía como lugar ideal para experimentar con el ácido lisérgico.

Yo todavía, ahora lo entiendo, alcancé todavía a ser parte de esa historia.

Actualmente las huellas de aquel pasado cercano-lejano están borradas casi del todo.

Aunque todavía queda uno que otro anciano que mira hacia un punto indeterminado cuando viaja en metro.

Quizá la mujer que llevaba el dachshund entre los brazos aquella vez en la Alexanderplatz sabía más de lo que aparentaba su inocente pasear con el perro cargado.

Sin duda, aquel estado gel de la existencia debía estar presente también en los últimos años de vida de Bohumil Hrabal.

De otra manera no tiene explicación alguna —así lo creí yo en ese instante mientras oía a las aves de rapiña quejándose— que Bohumil Hrabal les dijera a las enfermeras con insistencia que no era él quien estaba escribiendo el texto que estaba escribiendo.

Que cuando se lo preguntaban afirmaba que *Gallinas de madera* no era un texto suyo.

En el tiempo en que solicitaron ser internadas para ser tratadas de sus males cerebrales, las aves de rapiña se encontraban en un estado de

desesperación pero ahora, por ejemplo, mientras trataban de comunicarse conmigo en la Alexanderplatz al tiempo que yo sentía cómo un par de moscas verdes recorrían mi cuerpo, jamás se les ocurriría someterse a semejante tratamiento electroconvulsivo.

¿Dónde estaba la presencia del esclavo en ese entonces?

¿Su misión era la de obedecer con una diligencia extrema, como ciega, el menor de los caprichos?

A las propias aves de rapiña les parecía inexplicable que alguien con las capacidades intelectuales del esclavo hubiese permitido el internamiento en semejante institución.

Yo había escuchado hablar del hospital de pájaros que se encuentra en la ciudad de Delhi.

Me parece que se trata de un local regentado por miembros de la religión jainita, para quienes cualquier clase de manifestación de vida es sagrada.

Sabía que estaba construido a la manera de un minarete, y que a medida que se subía por la rampa central se iban apreciando a los lados una serie de jaulas con los pájaros dentro.

El recorrido comenzaba con las aves más afectadas, las que se encontraban en las partes inferiores y, mientras las aves se iban recuperando, iban siendo cambiadas a otras jaulas situadas cada vez más arriba hasta llegar a un mirador abierto desde donde los pájaros podían emprender el vuelo cuando lo decidieran.

Un hospital de pájaros.

Claro, eso era lo que hubieran necesitado las aves con las que me solía encontrar acurrucadas en algún recodo de las playas de Montauk.

En lugar de acariciarlas —causándoles, ahora lo sé, un terror extremo— o de ofrecerles algún pedazo de pan, lo ideal hubiera sido trasladarlas, como lo hacen cada día decenas de indios quienes llevan las aves heridas o moribundas en pequeñas jaulas o canastas.

Pero no.

Según sabía también, en esos hospitales existía sólo una prohibición: las aves de rapiña no eran bienvenidas salvo para tratamientos ambulatorios.

Nuevamente se ponía en juego, frente a esa medida, la nueva relación que debemos establecer los seres humanos con los animales.

Precisamente aparecía de nuevo el aspecto —igual a lo que ocurrió en el parque cercano a mi casa cuando un grupo de personas se encontraban desayunando—, la diferencia entre los animales carnívoros y los que no lo son.

Nuevamente en aquel hospital de Delhi se hacía una división.

Parecida a la que yo había establecido cuando observé a mis perros matar a una paloma sin que la víctima opusiera el menor atisbo de resistencia.

Pese a todo, por encima de esos pensamientos que me transportaban a aquella funesta mañana donde un grupo de personas colocó una paloma muerta en las ramas de un árbol, yo seguía oyendo a las aves de rapiña.

¿El esclavo en realidad busca el aniquilamiento del amo?, se preguntaban.

Por supuesto, se decían a sí mismas, su obsesión por servir tenía por fuerza que llegar al punto de devorar al elemento que es servido.

Debe servir y servir, en una mecánica incesante, hasta que el amo deje de ser amo para ser convertido en un desecho y así poder encontrar otro amo lo más pronto posible.

Las aves de rapiña me expresaron que cuando tomaron consciencia de lo absurdo y peligroso de la situación en la que se encontraron cuando fueron recluidas en la institución que recomendaron los especialistas, decidieron salir de inmediato.

Se comunicaron con el especialista principal de la institución.

Parece que adujeron que se encontraban allí por voluntad propia.

Fue de ese modo como lograron el alta instantánea.

Cuando el esclavo arribó a la hora habitual de las visitas y se enteró de la nueva situación de las aves de rapiña, aplicó de inmediato su diligencia habitual para llevarlas a la arboleda donde vivían en aquel tiempo.

El esclavo las encontró en un momento previo a un ataque de claustrofobia.

Para ese entonces las aves de rapiña ya habían sido sometidas a cuatro sesiones de descargas eléctricas.

Las dos primeras pasaron casi inadvertidas.

Las acostaron en la camilla, les aplicaron la anestesia y despertaron unos minutos después como si nada fuera de lo normal hubiese sucedido.

En la tercera sesión las cosas fueron diferentes.

Todo hace pensar que las aves reaccionaron antes de tiempo. Cuando el relajante muscular que les habían aplicado no había dejado de surtir efecto.

En otras palabras, despertaron rígidas y sin poder respirar.

¿Qué sucedió en ese momento?

Lo ignoro.

El caso es que de pronto la mujer del dachshund cargado entre los brazos desapareció, y yo advertí que esas aves de rapiña que trataban de comunicarse conmigo no eran otra cosa que yo mismo dirigiéndome a mí mismo.

Me vi entonces narrando la historia de uno de mis internamientos en el hospital.

Contando detalles de una experiencia que imagino parecida a la que debió vivir Bohumil Hrabal durante el tiempo que pasó internado en la institución pública donde fue recluido.

Fue entonces cuando le conté —ignoro a quién, pues sólo se encontraba presente la mujer del dachshund— que apenas advertí que las cosas con respecto a mi estado de nervios fueron subiendo de tono busqué ayuda profesional.

Lo hice cuando ya me pareció fuera de lo normal padecer una creciente depresión y sufrir cada noche varios ataques de pánico.

Menos mal que contaba con un esclavo al lado.

Aquel esclavo vería los asuntos relacionados a los aspectos médicos.

Los tratamientos que de seguro prescribirían.

Velaría por el cuidado de un cuerpo que seguramente con el tiempo ya no iba a ser capaz de valerse por sí mismo.

Fue de ese modo —con esa perspectiva en mi cabeza— como empezamos a visitar juntos a profesionales de prestigio, quienes recetaron una serie de medicinas que empeoraron, ya no sólo el estado emocional sino también el físico.

Como consecuencia de los efectos secundarios de muchas de las medicinas —entre otros síntomas— engordé de manera inusitada.

Llegué a pesar casi el doble que lo habitual.

Tuve que comenzar a utilizar ropa de medidas especiales.

Frente a estas marcadas reacciones, los médicos que habíamos comenzado a consultar se mostraban cada vez más ineptos.

Recuerdo que el esclavo los consultaba por teléfono y volvía con el nombre de un nuevo medicamento que se apresuraba a salir a buscar.

Una vez pasada la etapa de estos doctores —y ante la desesperación de ver que la angustia y los ataques se iban acrecentando— acudimos a los diferentes hospitales especializados en salud mental de la ciudad.

Para eso tenía a mi esclavo.

Para que tuviera lista desde el día anterior la ropa que debía llevar puesta al día siguiente, las alarmas colocadas a la hora precisa, las rutas que seguiríamos desde muy temprano en la mañana.

Por supuesto, bajo un orden estricto además, tenía organizados los documentos legales que nos pedirían en cada una de las instituciones que fuéramos a visitar.

De esa manera recorrimos decenas de instituciones, donde ningún especialista pudo dar con el origen del mal.

Nunca vi a mi esclavo cumpliendo de manera tan diligente su rol de verdadero amo.

Eran curiosos algunos elementos de su conducta, que se hacían particularmente evidentes en tales circunstancias.

Había momentos en que parecía olvidarse de sí mismo para entregarse por completo a su misión de amo esclavizado.

Finalmente, al ver que ninguno de los tratamientos surtía efecto, pregunté a un investigador de mi confianza lo que él haría si estuviera en una situación parecida.

Me contestó que había una suerte de acuerdo entre los profesionales del área, y si alguno mostraba un cuadro de esa naturaleza no recurrirían a los métodos que ellos mismos ofrecían en primera instancia a los pacientes y se someterían a un tratamiento radical que acostumbraban reservar sólo a determinados casos.

Se me rebeló el esclavo, grité poco tiempo después cuando cierta mañana desperté y me encontré solo.

¿Habrá ahora alguien dispuesto a cumplir el rol?

¿Cuál es el punto donde reside el dolor?

Es cierto, me dije, el esclavo huyó.

Pero un momento.

Esto que cuento no puede tener lógica.

Se supone que yo me encuentro sentado en una banca de la Alexanderplatz luego de haber sido engañado con un trozo de papel.

Según el texto *Gallinas de madera* parece que el esclavo aprovechó que las aves de rapiña se encontraban lejos.

De viaje.

En otras comarcas.

Incluso con un océano de por medio.

Como está señalado en el texto, Bohumil Hrabal comentaba que quizá, en los últimos tiempos, las aves de rapiña no habían sido lo suficientemente radicales en el trato que acostumbraban llevar a cabo.

Flaquearon tal vez en algunos puntos.

Bohumil Hrabal dejó escrito que después de volver de un viaje anterior, las aves de rapiña le obsequiaron al esclavo un pañuelo escogido de manera especial.

Alguien muy cercano a las aves de rapiña se los hizo notar.

Otra ave, también de rapiña.

Les comunicó que semejante obsequio sólo podía significar un paso atrás en la relación que supuestamente habían edificado.

Alexanderplatz.

La Torre de la Televisión.

Aves de rapiña contratando esclavos para cuidar a los perros que solían mantener consigo.

Un anciano escritor checo recluido en una institución pública.

Un autor que cayó por la ventana de semejante asilo mientras el resto de los compañeros de reclusión pensaban que trataba de alimentar a las palomas que solían posarse en las ventanas del edificio.

Días después, cuando las enfermeras guardaron las prendas del escritor muerto, entregaron a los empleados de cierta editorial un manuscrito, titulado *Gallinas de madera*, que el autor afirmaba no haber escrito, a pesar de que los habitantes del pabellón donde estaba recluido afirmaban lo contrario.

Mientras yo me encontraba sentado en una banca de la Alexanderplatz, oí nuevamente que algunos de los personajes de ese libro buscaban comunicarse conmigo.

En cierto momento advertí que aquello era absurdo.

Yo me encontraba sentado en una plaza después de haber probado algo de ácido lisérgico.

Frente a mí se encontraba una mujer llevando un dachshund entre los brazos.

Fue entonces cuando advertí que lo pensado hasta ese instante sobre el contenido del libro *Gallinas de madera* era equivocado.

El texto estaba escrito en realidad en primera persona y era él, Bohumil Hrabal, quien se estaba quejando de la pérdida de un esclavo.

De su ayudante durante los últimos treinta años.

Incluso ésa era la razón por la que tuvo que terminar sus días internado en una institución pública.

Parece que Bohumil Hrabal equivocó la relación con su ayudante cuando le ofreció un obsequio.

Ese acto pareció romper —de manera definitiva además— la relación que había logrado hacer de su oficio de escritor algo más llevadero.

Luego de un viaje corto se le ocurrió obsequiarle a su asistente un pañuelo.

Aquella prenda —fabricada con una seda delicada— fue sin ninguna duda motivo de confusión sobre la naturaleza del vínculo que mantenía unidos a Bohumil Hrabal con su asistente.

Frente a mí continuaba presente la mujer que llevaba un dachshund entre los brazos.

Acababa de oír no sólo a unas aves de rapiña quejándose por el abandono de un esclavo, sino de saber también que mis perros Manga e Isaías habían matado a una paloma que caminaba alrededor de unos sujetos que acostumbraban desayunar de pie debajo de un árbol.

En ese momento me estaban llamando aquellas personas para decirme que colocara a la paloma en la rama de aquel árbol para que, al menos, gozara de una muerte digna.

Esos sujetos desconocidos, de alguna manera trataban de hacerme recordar los nuevos códigos de conducta que se deben establecer con los animales.

Comprendí que este tipo de relación ya no puede ser la misma que años atrás.

Los caballos ya no deben ser montados, a las langostas matarlas arrojándolas vivas a una olla de agua hirviendo.

¿Y los perros?

¿Qué se puede hacer con los perros?

¿Guardarlos por cientos en albergues?

No pude dejar de pensar en las palabras del especialista en Literatura de Aves Románticas.

Voz que fui escuchando al mismo tiempo que huía de aquel grupo humano que me exigía colocar a la paloma en una rama.

Fue impresionante el momento en que el disertador de la corbata roja relató que las aves del libro *El cardenal y el tapacaminos* habían transmigrado varias veces.

Miré casi al mismo tiempo a las moscas verdes —las que acababa de comprobar no eran exclusivas de las playas— y al dachshund llevado en brazos.

Recordé que me encontraba en Berlín.

Que la ciudad ya no contaba con muro.

Noté que las moscas verdes que se habían posado sobre mí empezaban a moverse.

La del dorso de mi mano comenzó a caminar con dirección al dedo meñique.

Me dediqué a observar en detalle cada uno de sus movimientos.

Primero movía una pata, se quedaba quieta unos segundos, y accionaba la segunda al instante con igual parsimonia.

Quedé esperando cada uno de sus siguientes movimientos.

Por algún motivo tenía la impresión de que me adelantaba a sus decisiones.

Como si bastara que yo lo pensase para que la mosca me obedeciera.

Que la mosca mostrara una conducta semejante me produjo satisfacción.

Imagino que se trataba de un placer similar al que experimentaban las aves de rapiña al mantener un esclavo a sus órdenes.

Un esclavo que ellas creyeron en un principio que tendría el aspecto de un Durero precolombino.

También el que obtuvo Bohumil Hrabal cuando tuvo un asistente a sus órdenes.

Ésa fue la época —la del asistente de Bohumil Hrabal— en la que se puso en primer plano en la academia el asunto de lo pertinente o no de considerar a la Literaturas de Aves Románticas como un tema de estudio.

Algunos críticos hasta esa época afirmaban que les eran indiferentes las obras que tuvieran pájaros como protagonistas.

Algunos de los demás internados cuentan que Bohumil Hrabal pidió permiso a la enfermera principal para, como todos los días, dar un poco de migajas a las palomas apostadas en el alféizar de la ventana.

Durante cada comida, Bohumil Hrabal le sacaba las migas al pan que acostumbraban servirle.

Lo hacía con la intención de darlo después a las palomas.

Bohumil Hrabal colocaba los restos en una servilleta de papel.

No podía salir al alféizar a su libre albedrío.

Como se sabe, debía pedir permiso antes a la enfermera encargada del piso, la que a su vez avisaba a mantenimiento para que se presentara un empleado con la llave de la ventana.

Se supone que tanto la enfermera como el empleado se mantenían en la sala atentos a las acciones de Bohumil Hrabal.

Por algunos testimonios recogidos entre los demás internados, parece que demoraba cerca de cinco minutos en terminar el trance.

La enfermera y el empleado lo esperaban con paciencia. Sabían que no era un interno cualquiera.

Casi todos en la institución tenían conocimiento de que Bohumil Hrabal había realizado varios viajes al exterior, e incluso más de uno había visto alguna película basada en un libro suyo.

El personal estaba enterado de que había que tenerle una paciencia mayor a la habitual.

La rutina de alimentar a las palomas se repitió de manera diaria, hasta que el día de su muerte de pronto ya no lo vieron más.

La desaparición del cuerpo de Bohumil Hrabal duró lo que un pestañeo.

Ninguno de los testigos pudo dar fe del instante exacto en el que ocurrió la caída.

Por eso las elucubraciones sobre si Bohumil Hrabal saltó por voluntad propia o se resbaló mientras sembraba el alféizar de migajas.

La costumbre de quitarle las migajas al pan era quizá lo que hacía que a la vuelta de mi casa las palomas se juntaran alrededor de las personas que desayunaban a la sombra de un árbol.

Por más que lo busqué, nunca pude saber cuál fue exactamente el tipo de paloma que Manga e Isaías atacaron la mañana en que los llevé a pasear.

Pareciera como si las palomas mundanas fueran siempre las mismas.

Vi en la pantalla que existen de diversas razas, pero cada una de ellas tienen características especiales que las identifican.

En cambio, las que vemos en las plazas y calles de las diversas ciudades del mundo parecen ser todas de la misma especie. Tan comunes que da la impresión de que no vale la pena ni clasificarlas.

Como las moscas verdes que en ese momento se posaban sobre mi cuerpo.

Ya las había visto antes en las playas.

Rondando generalmente a alguna ave próxima a morir. A esos pájaros a los que me acercaba sin temor pensando que quizá habían decidido de pronto dejar de temer a los humanos.

Cuando hallaba a un ave en tales condiciones, no sólo la acariciaba sino que le hablaba de manera delicada.

Quizá de la forma como me hubiera gustado que se dirigieran a mí de vez en cuando.

No estoy tratando de decir con esto que haya tenido una infancia desdichada —me llevaban con frecuencia a las playas de Montauk—.

Creo que se trató más bien de una etapa poco interesante.

De eso me di cuenta recién entonces, cuando miré la boca descomunal de un dachshund abriéndose de una manera casi antinatural.

Descubrí algo horrendo. Insondable. Como una especie de hueco, por donde uno pudiera observar, al menos por un instante, el vacío que separa una pared de otra.

Esta pared no es medianera .

Recuerdo claramente esa frase.

Estaba escrita en la azotea de la casa más modesta en la que me tocó vivir en la niñez.

La pared se alzaba erguida y sin pulir.

Mostraba trozos de ladrillo colocados de cualquier forma pero, pese a todo, se atrevía a advertir su carácter de no medianidad.

¿Por qué el dachshund no tenía cuándo pasar?, me pregunté.

No era que estuviera quieto. Que la dueña se hubiera detenido hasta el infinito frente a la banca donde me encontraba sentado.

Se movía, pero no tenía cuándo pasar.

La mujer y el perro eran como la personificación del instante.

Lástima que un momento que podría considerarse sublime —el de la personificación del instante— estuviese representado por una mujer cualquiera llevando en los brazos un dachshund a través de una plaza reconstruida de la peor forma posible.

Pero las moscas avanzaban lentamente sobre mi piel. Ya para entonces había dejado de ordenarles lo que debían de hacer. Avanzaban a su libre albedrío.

No sé cuál vergüenza puede ser mayor. La mía, experimentando un no tiempo y un no espacio artificial producto de un pedazo de papel remojado en químico, o la de Bohumil Hrabal despedazando panes con el fin de ofrecerlos después a las palomas.

Algunos afirman que las moscas verdes causan picaduras. Más de una vez vi en las playas a mujeres presas de ataques de nervios cuando eran atacadas por enjambres de moscas de ese tipo.

Sin embargo, en ese instante en que me encontraba dentro del interminable pasar de la mujer del dachshund me era imposible sentir algo en mi cuerpo.

Sólo era capaz de ver en todo su esplendor el espanto de la Torre de la Televisión que presidía la Alexanderplatz.

A la gente, a quien veía a toda vestida de negro.

Iban y volvían mientras las moscas avanzaban por mi cuerpo.

Ese día, lo supe, ya estaba muerto. Incluso más que toda la realidad que me circundaba en la plaza donde me encontraba sentado.

Muerto como el perro de la editora que cazó un sapo venenoso mientras jugaba en el jardín de una casa de campo.

No bastaba con que se repitieran —cientos de veces además— las voces de quienes me llamaban por mi nombre en Alexanderplatz una y otra vez.

Debía oír también no sólo el clamor de las aves de rapiña ante la desaparición de un esclavo, sino la voz angustiada de mi editora tratando de explicarme que el sapo se puso blanco después de ser mordido por el perro.

La mujer del dachshund no terminaba de pasar.

Bohumil Hrabal no acababa de darle de comer a las palomas.

Las ratas no dejaban de pelear debajo del suelo de madera de mi estudio.

Las personas que desayunaban debajo de un árbol continuaban llamándome mientras yo corría de espaldas.

Cuando se encontró en el hospicio escribiendo *Gallinas de madera*, Bohumil Hrabal sólo contaba con el cuaderno, la pluma y el tintero.

Las palabras fluían sin que nadie lo viera titubear ni tomar apuntes en ningún momento.

Para aquellos testigos fue como si Bohumil Hrabal hubiera estado escribiendo en limpio todo el tiempo.

Según sus propias palabras, cada uno de los libros que Bohumil Hrabal fue creando fueron sólo aspectos de un mismo libro que venía redactando desde niño.

Empezó a escribir basándose en las formas de aquellos catecismos de tapas duras y blancas que solían llevar la réplica de un crisantemo atrapado en sus páginas.

El primero de los libros escrito por Bohumil Hrabal tomó forma a los diez años de edad.

Trataba de pájaros que conocía a simple vista.

Que había observado posarse en las ramas de los árboles de la cuadra de la calle donde vivía. Los que había visto espantarse y no aparecer durante varios meses seguidos después de los bombardeos que sufrió la ciudad que habitaba de pequeño.

Antes de que lo internaran en el asilo, Bohumil Hrabal mantenía uno o dos pájaros de cartón que mantenía en una jaula que solía colocar cerca de su cama.

Lo decía cada vez que se lo preguntaban.

Bohumil Hrabal afirmaba que su gran preocupación en aquel momento de su vida eran esos dos pájaros cuya jaula debía estar siempre cerca de su cama.

Afirmaba que hubiera deseado darles toda la atención, pero siempre aparecían cosas que lo distraían. El noticiero de la radio. El acto mecánico de levantarse en las mañanas y salir al frío del pasillo de la habitación que rentaba con el fin de ir al baño comunal.

En algún tiempo, Bohumil Hrabal llegó a decir que escribir lo distraía del hecho de escribir.

Bohumil Hrabal tenía ciertos conocimientos sobre aves. Siempre había vivido cerca de un pájaro. Desde pequeño, cuando en plena capital su madre lo arrullaba con el clásico canto «Gallinas de madera, huevos de cristal», gracias al cual hicieron dormir a casi todos los niños de su generación.

Nadie sabía con exactitud la razón por la que después de los bombardeos que sufrieron las poblaciones aledañas se dejó de cantar esa nana para arrullar a los bebés.

El día que cayó del alféizar, Bohumil Hrabal subió con mucho cuidado llevando en sus manos el pan recolectado el día anterior.

Durante la última visita del médico asignado para examinar a los internados Bohumil Hrabal, después de dar varias vueltas inquietas por el pabellón, se sentó en una esquina y se tomó la cabeza con las manos.

Allí, con las piernas ligeramente abiertas comenzó a relatar lo terrible de la escena que protagonizaban las aves de rapiña cuando decidían de pronto deshacerse de la jauría de perros que tuvieran a su cargo.

Era tremendo, repitió, ser testigo, en calidad de esclavo además, de cómo de pronto las aves de rapiña parecían enloquecer y atacaban sin piedad con sus picos afilados a los perros que el mismo Bohumil Hrabal se había visto en la obligación de amarrar momentos antes.

Los perros aullaban de dolor.

Las aves de rapiña se ensañaban con los ojos de sus víctimas.

Oí, sentado en la Alexanderplatz, el canto de algunos pájaros.

Sobre todo los de aquellos que van a morir a las playas, que no cantan precisamente sino que emiten ciertos sonidos que no son perceptibles para todos.

Esos ruidos fueron los que realmente escuché en ese momento.

También los aullidos de los perros cuando eran atacados de manera furibunda por las aves de rapiña.

Miré que las moscas ahora caminaban por mi cuerpo sin mi dirección. Avanzaban a su libre albedrío. Ya no les ordenaba qué paso seguir.

¿En qué momento me distraje?

¿Realmente me afectó la escena en que Bohumil Hrabal dio vueltas por el pabellón ante la llegada del médico una semana antes de morir?

Bohumil Hrabal había caído al tratar, no de matar sino de alimentar a su posible presa, fue lo que me dijo más de una vez la analista con la que hablaba del escritor.

Fueron muchas las sesiones en las que Bohumil Hrabal fue el centro de atención.

Tal vez demasiadas.

Fue luego, de una manera casi natural, que pasamos a tratar al asunto de la relación entre el amo y el esclavo.

EN EL ROPERO DEL SEÑOR BERNARD FALTA EL TRAJE QUE MÁS DETESTA

Yo sé bien lo que están haciendo: de otra manera no tendría sentido caminar por los pasillos de los cementerios, buscar las palabras de personas que están situadas en la morgue de mis recuerdos. Hacerme aspirar el aire mojado, cargado de la humedad del asma de mi infancia. No sé por qué se trató siempre de dar una explicación hasta cierto punto psicológica a esta asma persistente. Se llegó a insinuar incluso que fue creada en forma artificial con el fin de atenuar otros defectos mayores; los socialmente inaceptables. Pero aquí estoy con el cuerpo en directo camino a la deformación, siendo una sombra que busca atisbar, principalmente por las ventanas de las casas de los demás, asuntos que ya no parecen concernirme. Descubriendo que casi todo en mi vida no fue más que una equivocación. Mi nacimiento, mis años de aprendizaje, la búsqueda por hacerme yo mismo. Un gran error. Este viaje más bien —en el que me siento involucrado de alguna manera con el señor Bernard— no hace sino confirmarlo. De otra manera no hay forma de entender el peregrinar lento que solía realizar junto al señor Bernard por los bordes del farallón. Parece que al hacerlo ambos buscábamos el amparo de posibles caminos no equivocados. Que tratábamos —muchas veces en forma algo desesperada— de constatar que pudieron haber existido otras rutas posibles a seguir. El señor Bernard, de naturaleza callada, acostumbraba expresarse mucho cuando estábamos juntos. Solía hablar y hablar sin detenerse. Podía ser que yo le otorgara una confianza que le era imposible hallar en las demás personas. Cuando estábamos uno al lado del otro solía constatar un asunto que a veces me avergüenza discutir. Que nací en un momento equivocado. Que casi no guardo relación con las personas de mi edad. Para entablar un diálogo de cualquier orden debo hallar a gente que tenga mucho más años de vida que yo. Me agrada, de esa forma, convertirme en una suerte de recipiente de ideas que apenas comprendo. De enseñanzas del pasado, que la mayoría de las veces carecen actualmente de vigencia. Lo más extraño de una situación de este orden, es que es sumamente frecuente mi encuentro con personas con estas características. No me refiero a personas mayores necesariamente. Ésas las hay en todas partes. Sino a seres de cierta edad que sienten una necesidad constante de narrar sus historias. Que desean exponer una serie de ideas o presupuestos mentales. Quizá me eligen a mí porque soy un ser algo deforme. Ni muy joven ni muy viejo, pero deforme. Es lo primero que llamó la atención del señor Bernard. Me lo dijo tiempo después. Cuando nuestras caminatas lentas, sirviéndole yo de pretexto para poner en orden sus ideas, comenzaron a convertirse en un asunto que poco a poco comenzó a escapar de los límites de la normalidad. Es decir, fueron diarias y duraban muchas horas seguidas. A veces de sol a sol. Casi siempre se llevaban a cabo al borde del mar. Cerca del lugar donde nos conocimos. Hoy el señor Bernard está muerto y extraño de algún modo aquellas

excursiones. De alguna manera, mi vida después de su desaparición ha vuelto a ser casi la de antes. Al menos en su aspecto externo, la rutina que llevo —la de no hacer nada que sea considerado productivo— se mantiene intacta. Pero por dentro soy otro. Llevo conmigo todo el tiempo las palabras del señor Bernard. Sus largos discursos ininterrumpidos. Llevo conmigo también la ignorancia de si los asuntos y las ideas que expresó eran ciertas o no. Recuerdo que lo conocí cuando ambos circulábamos por la vereda que se extiende en la parte baja del farallón. El señor Bernard subía de la playa y yo iba hacia ella. Caminábamos en sentido contrario. Precisamente segundos antes de cruzarnos una piedra se desprendió del acantilado y cayó sobre su cabeza. El señor Bernard se cubrió el cráneo con las manos. Acto seguido se arrodilló. A través de sus manos extendidas pude ver cómo brotaba la sangre. Me acerqué al hombre arrodillado. Al principio — como no creo en realidad ser nadie— temí ser repelido. Que mi interés por ayudarlo fuera despreciado, de una forma agresiva además. Ya me ha sucedido en otras oportunidades. Casi siempre con el grupo de turistas —algo confundidos— que muy cerca de este farallón acostumbran buscar con afán la tumba de Paul Valéry. Suelen huir cuando me ven acercarme para mostrarles la dirección correcta. Estoy sumamente acostumbrado a observar a personas venidas de fuera en situaciones semejantes. Gente desorientada en busca de los restos de un poeta. No necesariamente se encuentran perdidas en algún punto del poblado —en medio de algún puente, caminando por alguna senda perdida—, sino que la mayoría está perdida ya dentro del mismo cementerio. A veces los escucho a lo lejos. Sobre todo cuando las condiciones del viento son favorables. Casi siempre comienzan quejándose de las características del cementerio donde se encuentran efectuando sus pesquisas. El cementerio que describe Paul Valéry en el libro es totalmente distinto, suelen repetir. ¿Dónde están aquellas olas estrellándose contra las lápidas? ¿Dónde las tumbas sumergidas durante varias horas seguidas mientras se mantiene alta la marea? En efecto. Tienen razón. Aquel cementerio está situado sobre una colina, algo lejos del mar. No tiene casi nada de marino. En realidad, es como cualquier otro camposanto propio de un poblado de costa. Alejado por completo de las mareas y de la furia de las olas. Incluso en el lugar donde se encuentra ubicado, el mar se muestra más calmo que de costumbre. No como el que se presenta en la zona de los farallones, donde hallé aquella mañana herido al señor Bernard. Tiempo después, el mismo señor Bernard me dijo que esa piedra fue lo que selló nuestra relación. Que algo extraordinario —difícil de explicar además— fue lo que hizo posible que sucediese aquel accidente —con sangre de por medio—, para que a partir de ese momento nos volviéramos compañeros eternos de paseo. Y creo que tenía algo de razón. Al menos en la parte del discurso en la que afirmaba que a partir de entonces caminaríamos juntos casi todas las jornadas. El día del accidente lo acompañé hasta su casa. Vivía en una pequeña vivienda construida al borde del precipicio, que contaba con una terraza desde donde se apreciaba el mar en toda su extensión. Me pidió que lo dejara solo y que al día siguiente volviera para buscar mi recompensa por haberlo ayudado de esa manera. Así lo hice, y cuando regresé me esperaba con un plato de sopa servido en una mesa colocada en la explanada desde

donde solía contemplar el mar con la mayor de las comodidades. Hizo que me sentara. El señor Bernard no comió nada. Se colocó en la otra silla —la mesa no contaba con ninguna más— con un vaso de agua delante de su cuerpo. La sopa era simple. Al menos así me lo pareció. Había sido hecha con pescuezos y alas de ave. Imaginé al señor Bernard llenando de agua una cazuela y colocando los restos de un pájaro adquiridos en el mercado cercano. Lo vi aplicando un poco de sal y esperando a que hirviera semejante mezcla. Empecé a tomarla, como dije, frente a un mar que se abría frente a nosotros. En ese momento caí en la cuenta de que todo no era más que un grave error, lento eso sí, largo y detenido en su propia maraña, brumoso además, rodeado de la niebla perpetua que se instaló en mis pulmones desde el primer momento en el que nací. Un error seguir con vida, me dije. Una equivocación haber intentado bajar el día anterior a la playa por la vereda del farallón. Ver cómo el señor Bernard era herido por una piedra. Haberlo auxiliado llevándolo a su casa y estar en este momento tomando una sopa preparada con los restos hasta cierto punto deleznales de un ave cualquiera. Yo sé que hay quienes desean hacerme sentir como alguno de los personajes de los libros que acostumbro escribir de manera imaginaria. Suelo reflexionar alrededor de esa idea cuando me encuentro sin compañía por más de cuarenta horas seguidas. Que tienen como fin que me haga a la idea de que soy un personaje central de las obras que nunca he escrito ni escribiré, pero que invento todo el tiempo que estoy creando. Aquellos libros que cargan la muerte a sus espaldas, que fueron escritos en la mayor de las inconsciencias y que regresan a mí de cuando en cuando como un latigazo dado a destiempo. Ahora estoy débil para soportar una situación semejante. Acaban de morir el señor Bernard y su largo discurso. La furia que ponía en las palabras invisibles parece cosa del pasado. Justamente lo percibo como un asunto olvidado en el tiempo ahora, cuando más necesito la negritud de su discurso, el desdén que mostraba por el resto. No estoy seguro de si al señor Bernard le causé algún tipo de daño con mi presencia. Creo que sí. No era un habitante propio de este lugar. Se trataba de un foráneo de Brest que se había instalado en el poblado por razones misteriosas. Aquél fue un asunto que yo nunca olvidaba y siempre, a la menor oportunidad y para su disgusto, lo sacaba a colación. Ahora, dentro de la lentitud con la que continúo recorriendo ya de manera solitaria los senderos que caminábamos con el señor Bernard, no hago sino comportarme ante mí mismo como un limosnero que acepta con una sonrisa cualquier resto, especialmente por los extranjeros que habitan de manera clandestina el puerto, que me ofrezcan los demás —incluidos algunos parecidos a los que conformaban la sopa que el señor Bernard me ofrendó al día siguiente de nuestro encuentro—. Eso soy, un resto, eso fui, un resto de cuerpo. Yo no estoy en mí, sino en el brazo perdido que llevo siempre conmigo. Allí creo que se encuentra habitando la verdadera esencia, en el vacío de lo que nunca existió. Quizá es por eso que he vivido siempre en el eco fantasma del alma faltante. Eso lo descubrí la noche del horror en la que logré ver por primera vez mi propia escritura inexistente, representada teatralmente en la calle por una suerte de músicos ambulantes. Allí delante de mí —junto a un grupo de personas que se congregaron como yo en mitad de la acera—, descubrí que todo lo que

había creado en la mente no era sino un simulacro del mundo que debería estar viviendo, no yo sino el brazo perdido. Aquellos músicos daban la impresión de representar un universo inventado sólo para ese miembro. El resto —la realidad de todos los días— no era sino un simulacro pobre y deslavado. Un ensayo de verdad, plagado de rasgos horrorosos. De contornos difíciles de definir. En cambio, en el centro de la escena de aquella representación, donde se ponía en práctica un libro que escribí sin haber escrito —pero que calzaba perfectamente con una de las obras literarias que llevo de manera constante dentro de la cabeza—, apareció el fogonazo de lo real. Aquél —aparte de mi encuentro con el señor Bernard, que ocurrió semanas después de aquella representación callejera— fue el momento decisivo de mi vida, estoy seguro. Descubrirlo y ser inoculado físicamente por la muerte, no fue sino una sola acción. En ese mismo momento, cuando terminó la representación dramática, no pude sino correr detrás de la ficción, tomar por la cabellera a mi propio personaje imaginario —un sujeto enclenque que se expresaba a través de una voz cavernaria— y hacer que introdujera dentro de mi cuerpo, después de un acto sexual, la razón de mi muerte. Lo extraño de la existencia de un suceso semejante me lo explicó el mismo señor Bernard tiempo después. Cuando ya éramos lo que podría considerarse amigos. Lo curioso es que a pesar de que el personaje de mi propia no ficción inoculó lo que se llama la muerte en mi cuerpo, quien falleció fue el señor Bernard y no yo. Me consta que su deceso no tuvo relación con la piedra que le cayó en la cabeza cuando lo conocí. Murió en un accidente. Fue atropellado irónicamente por una ambulancia. Ese día fue uno de los pocos en que no realizamos nuestro paseo habitual, pues el señor Bernard debió ir en aquella ocasión al hospital a realizarse un chequeo de rutina. Estaba en la obligación de hacérselo por lo menos una vez al año. De otra manera no seguiría recibiendo el modesto estipendio que el gobierno le otorgaba siempre y cuando pudiera valerse por sí mismo. Las autoridades habrían preferido quitarle ese pago e internarlo en un asilo o en un hospital situado, además, en su ciudad de nacimiento, la cual parecía detestar de manera rotunda. Era mucho más barato para el Estado confinarlo junto a muchos más como él. Por eso debía demostrar cada cierto tiempo que no era todavía candidato para semejantes instituciones. Es paradójico que el viaje que hizo para demostrar su salud fue lo que lo llevó a la muerte. A la salida del hospital fue arrollado por una ambulancia que salía enloquecida al llamado de una emergencia. Hasta ahora no me explico cómo el señor Bernard no escuchó la sirena que, aseguraron los testigos, hacía sonar la ambulancia en ese momento. Me parece extraño que alguien como el señor Bernard se hubiese visto incapacitado para identificar el símbolo que el ruido que un vehículo de esa naturaleza acostumbra llevar consigo. Pero si veo las cosas con distancia, me parece curioso también que al señor Bernard le hubiese caído una piedra en la cabeza mientras caminaba por la vereda del farallón. Como el señor Bernard mismo tomó al poco tiempo ese accidente como símbolo de nuestro encuentro, no le di en ese entonces demasiada importancia a semejante casualidad. Pero cuando me enteré de lo de la ambulancia, los sucesos cobraron otro sentido. La existencia del señor Bernard —y la cantidad casi infinita de palabras que emitió durante el período en que lo conocí— se limitó

dentro de mi existencia desde el día en que le cayó la piedra en la cabeza hasta su muerte cuando fue atropellado cuando regresaba de la visita al hospital. El tiempo que pasó entre ambos sucesos no fue demasiado largo. Calculo que no llegó ni a los seis meses. Lo sé bien porque fue el período en que no visité el cementerio marino. Cuando fui de nuevo —buscando mirar otra vez a los turistas desilusionados— el guardián me dijo a manera de saludo que precisamente hacía un tiempo semejante que no me veía. Me dijo también que mi cuerpo iba en declive. Que era impresionante notar lo rápido que se había transformado en ese lapso. Cuando lo escuché, de inmediato relacioné ese posible cambio con los paseos realizados al lado del señor Bernard. Entre otros asuntos, las palabras del señor Bernard me hicieron encontrar otra forma de escritura. Si bien es cierto que también fue mental como la anterior, en esta nueva manera la escritura fue llenándose poco a poco de contenidos. Los que me iba proporcionando el propio señor Bernard, por supuesto. Mientras iba pensando en que el señor Bernard me había convertido en un escritor mental de una suerte de sabiduría ajena, el guardián del cementerio aseguró al verme que mi cuerpo iba en declive. Como una tabla que fuerzas extrañas fueran bajando poco a poco hasta colocarla de manera horizontal, aseguró. No sé quiénes te estarán haciendo eso, añadió, pero una vez que lo logren habrán acabado contigo. Dijo que los ángulos corporales estaban visiblemente acortados. Me llamó la atención que aquel sepulturero le echara la culpa de aquellos cambios a alguien más. En realidad, aparte de la falta del brazo, mi cuerpo se comenzó a deformar poco después del encuentro con el comediante. Creo que fue por acción de los medicamentos gratuitos, los definitivos, que debo empezar a ingerir de manera regular. Primero se deformó el vientre. El estómago, el pecho, la parte frontal del tórax empezaron de pronto a tener una no razón de ser. El hombro se angostó de una manera exagerada. El cuello se hundió y desalargó al mismo tiempo. Recurrí en cierta ocasión donde un huesero, que atiende en la parte alta del poblado, para que lo estirara y tratara de volver a ponerlo en su lugar. Las palabras que expresó el sepulturero me hicieron recordar que debo de estar atento a mi cuerpo. Esta premisa la olvidé por completo mientras duró mi relación con el señor Bernard. Tengo que saber lo que sucede con mi organismo sobre todo en los períodos en que lo atiborro de medicamentos. Mi relación entonces, con el sistema digestivo sobre todo, se agudiza. Debo estar alerta, de manera especial, a mis propias excrecencias. Mi cabeza, mi mente, son algo aparte. Aunque precisamente parece ser ésa la zona que más sufre con los cambios. Experimenta desde estados convulsivos —que desatan un pánico inusitado a quienes tienen la desdicha de ser testigos de semejantes crisis— hasta convencerme de que estoy escribiendo un libro que me dicta el señor Bernard desde el día en que me invitó a comer una sopa preparada con alas y pescuezos. A veces no puedo mover la cabeza con violencia porque empiezo a sentir una serie de rebotes —como ondas que se expandieran hacia el vacío— que me hacen escribir mentalmente más deprisa. Sufro también de ataques de sueño. Fulminantes. Precisos. Los cuales son imposibles de no obedecer. Me veo a mí mismo —no creo que tenga necesidad de aclarar que se trata de algo imaginario pues nunca he salido de este poblado— caminando por las calles de alguna gran ciudad y entrar a un café para

quedarme dormido junto a la taza recién servida. Es tan profunda la caída y de tan breve duración que cuando despierto ignoro lo que ha sucedido. No sé dónde me encuentro y por qué he experimentado tantos sueños agolpados durante ese período. Miro mi reloj y constato que no han pasado más de cinco minutos. Pese a todo, mis piernas todavía parecen recordar mis años de ciclista semiprofesional. Cuando recorría más de cuarenta kilómetros diarios y doscientos los fines de semana. De aquí a Montpellier diario y una vez al mes hasta Marsella. Éstas fueron las únicas ocasiones en que salí del poblado. La bicicleta me la regaló un viejo jardinero. Pertenece a su hijo, quien un día lo abandonó de pronto para ir a instalarse a una gran ciudad. El jardinero quiso regalármela, no vender el vehículo, porque no deseaba lucrar con la tristeza que le causaba la ausencia del hijo. Creo que las piernas siguen fuertes. Al menos el sepulturero no hizo ninguna alusión a esa parte de mi cuerpo. Mi mano derecha, eso sí, me hizo llevarme una gran sorpresa. Yo pensaba que como hacía el doble trabajo que cualquier mano tradicional tendría duplicada su fuerza. Fue curioso constatar que, por al contrario, se trataba de una mano no muy poderosa. Ahora, en este momento, parado frente a la puerta del cementerio marino, nada me duele. Me asusta que a veces me falte el aire, por eso llevo siempre un nebulizador de salbutamol conmigo. Me lo regalan también en la institución donde me atiborran de los demás medicamentos. Ya no me asusta ir en bicicleta ciertas noches en las que no veo bien, pues el señor Bernard me prohibió utilizar semejante vehículo a pesar de los anteojos de cristales amarillo intenso que me ayudan a vislumbrar algo en la oscuridad. Afirmó que en mis condiciones el ciclismo era algo demasiado peligroso. Me obligó, recuerdo bien la tarde en que esto ocurrió, a ir a la casa del jardinero, padre del hijo pródigo, para devolver la bicicleta. El padre se desconcertó al verme. Parece que lo invadió un sentimiento que mezclaba el rechazo con la esperanza. Finalmente se acercó a la bicicleta, la abrazó, y soltó algunas lágrimas. No quise saber más. Abandoné rápido la escena y fui a decirle al señor Bernard que ya había cumplido con su deseo. Deseaba informarle que mi vida corría un peligro cotidiano menos. Pero ya no le pude decir nada, porque precisamente aquél fue el día en que el señor Bernard murió. En la terraza de su pequeña casa encontré a ciertas mujeres vestidas de negro acompañadas de un policía. Pretendían forzar la puerta de entrada para sacar algún traje digno para un entierro. Debían vestirlo lo más pronto posible. No fue necesario hacer nada con la cerradura. Yo les abrí con la llave que el señor Bernard me había confiado. Nadie me hizo ninguna pregunta. Las ancianas se limitaron a escudriñar el ropero y el policía se quedó en la terraza mirando el mar. Era un día de neblina. Me pareció el clima adecuado para las situaciones que había experimentado esa jornada: el llanto del padre abrazado de la bicicleta y la noticia de la muerte del señor Bernard. Cuando las ancianas acabaron, salieron de la casa y cerraron la puerta. Se fueron caminando sin mirar atrás. Yo me quedé solo sentado en la terraza. En la mesa donde en cierta ocasión el señor Bernard me invitó a un plato de sopa. Me quedé mirando hacia el mar y estoy casi seguro de que fue en ese momento cuando comencé a escribir de nuevo. Por supuesto, no necesité lápiz y papel para hacerlo. Escribí y escribí toda la noche. Recordé a mis amigos, a los verdaderos, no a los alcohólicos del

poblado. Empecé escribiendo sobre mis conocidos de París —ciudad en la que no he estado nunca—. Sobre las maneras que tengo de entender la literatura. Sobre cómo un escritor de cuyo nombre no me acuerdo no era nada amable con otro que tampoco recuerdo, pues las dos páginas de crítica que le dedicó se trataban solamente de una suerte de cemento armado. Es evidente, continuaba diciendo el señor Bernard, que hacer eso le hizo bien al primer autor, fue un calmante para él, lo tranquilizó al menos por un tiempo. Esa oposición de dos visiones estaba muy bien trabajada en la obra que escribió aquel autor. Por ello, sobre todo en los libros de un Movimiento Literario Sumamente Innovador, suceso literario del que me considero prácticamente su creador, particularmente en los míos —como sabemos, ahora soy el señor Bernard escribiendo muerto desde la terraza donde sirvió, serví, en alguna ocasión un plato de sopa compuesta de cabezas y alas de ave del mercado—, hay algo de peligro. Es obvio que mis textos nos introducen a fondo en una problemática sin dar ninguna explicación. A propósito, hay una frase afortunada de un escritor desconocido: «El texto es un espacio donde el mundo ocurre». Es decir, que la obra no es un lugar donde el mundo se da de manera definitiva, sino que el texto es un relato hecho después de que el universo ha transcurrido. Sin embargo, pese a las palabras en apariencia lógicas de este autor, en los libros del Movimiento Literario Sumamente Innovador la materia es un espacio donde el mundo ocurre a cada instante. Esto suele incomodar al lector. En un principio, y quizá por esa razón, yo no tuve una gran cantidad de personas que me leyeran. Debo incluso decir que conté con muy pocos lectores que se acercaran a mis textos. Pese a todo, cuando apareció mi cuarta novela, *Gallinas de madera*, yo ya era muy famoso. Había páginas enteras en las revistas y suplementos literarios que explicaban cómo mi obra podía ser tan ilegible. Cuando se publicó este último libro —que yo consideraba una obra maestra, cosa que se constató tiempo después— apareció ante los demás como una novela totalmente incomprensible. Se vendieron cuatrocientos cuarenta ejemplares. Es cierto que con eso me hubiera alcanzado para comprar las medicinas sin recurrir a las instituciones públicas, e incluso hubiese podido tal vez comprarle la bicicleta al anciano jardinero y evitar así que siguiera sufriendo con la constante presencia del vehículo de su hijo. Pero para ser un escritor célebre, del que todo el mundo hablaba, que se vendieran cuatrocientos cuarenta ejemplares era un contrasentido. Curiosamente, mis novelas se tradujeron muy rápido en todo el mundo y uno se puede preguntar por qué un libro que era considerado en esa época ilegible, era ya un libro de texto en una colección universitaria canadiense y en otra de Estados Unidos. En esas editoriales se publicaron los libros creo que como textos para aprender francés. Había, es cierto, un uso de la lengua muy correcto, muy puro, muy preciso y por ello el libro podía servir para aprender pero, pese a todo, no podía ser leído por los franceses. Cierta mujer escritora redactó su primera obra en 1938, el mismo año en que fue publicado el libro mío al cual me refiero. Ella era completamente desconocida. Ni siquiera un prefacio de un escritor muy famoso, que acompañaba la edición, había servido para nada. Era una escritora a la que nadie leía. Entonces, me propuse reeditarla, ya que era una autora que me interesaba mucho. Los libros de otro escritor más —cuyo nombre no me viene tampoco a la memoria— eran

igualmente totalmente desconocidos. En esa época, ese autor publicaba sus novelas en una pequeña editorial, a las que añadía explicaciones, eso convertía sus textos en algo muy extraño. Cuando tuve sus libros entre mis manos aquel autor —que llegó a ser Premio Nobel— era un escritor muy espontáneo, lleno de una fuerza creadora infinita, y los relatos que escribía eran impresionantes. Se trataba de alguien que yo no conocía, a pesar de que ya había publicado algunas novelas. Como señalo, el texto me pareció extraordinario, el tipo de escritura que debía darse a conocer y el estilo de autor que debía hacerse público. Era diez años mayor que yo. La mujer escritora a la que me referí era veinte años mayor que yo, pudo haber sido incluso mi madre. Ambos eran completamente anónimos porque no escribían como supuestamente se debía hacer en ese momento. No obstante, el escritor del que ahora hablo añadía explicaciones al final. Me parecía algo curiosa esta acción. De pronto, al realizar estas explicaciones, a veces un tanto desesperadas, su energía creadora disminuía de una manera asombrosa. Estas suertes de aclaraciones producían una pérdida de valor considerable en sus libros. Entonces lo busqué y le dije que su obra me parecía fantástica, pero no entendía por qué incluía explicaciones al final. Me respondió que no le gustaba hacerlo, pero que estaba obligado. De otro modo le rechazarían el manuscrito, sin las explicaciones la gente no entendería absolutamente nada de lo que estaba tratando de expresar. Le propuse que lo entregara así. Entonces, presentó en su editorial el manuscrito sin ninguna advertencia que lo acompañara. Fue rechazado de inmediato. Eso me permitió publicarlo. Empezó entonces a ser conocido. Es extraordinario que los dos únicos premios Nobel que ganó Francia fueran obtenidos por dos autores del Movimiento Literario Sumamente Innovador. Escritores a quienes nadie quería. La historia de la editorial que dirigí durante algún tiempo —el señor Bernard en más de un paseo me otorgó el derecho de asumirme tanto como escritor como director de las editoriales que deseara— es una bella historia, una *success story*. La Segunda Guerra Mundial, como todos deben saber, fue una fuerza muy destructiva en Europa. No hablo sólo de los estragos de la aviación americana en la vieja Alemania, sino también de los que ocasionó en Francia. Mi odiada ciudad natal, situada casi al otro extremo del país, fue totalmente destruida por los americanos, no quedó una sola casa, es increíble. No hablo únicamente de la materialidad de las construcciones, que estaban totalmente en ruinas, sino que toda la civilización occidental se encontraba de esa forma porque había una especie de fracaso del humanismo. Por una parte, los campos de concentración, de exterminación, y por otra el sistema soviético que liquidaba a sus oponentes. Parecía que el humanismo no hubiera servido de nada. Al contrario, daba a veces la impresión de haber servido de aliciente para que se llegara a aquel estado de las cosas. El desastre que era apreciar desde esa perspectiva la civilización, teniendo como fondo la brutal destrucción de las ciudades, era algo impresionante. De manera extraña ése fue un gran período creador. Es decir, que ése fue en Europa un gran momento de desarrollo creativo no sólo en el campo de la escritura —comandado principalmente por el Movimiento Literario Sumamente Innovador que ayudé a crear—, sino en las demás artes y en el pensamiento en general. No sólo en Europa ocurría algo semejante.

En muchas partes del mundo se notaban los cambios de percepción. La guerra había devastado Japón y otros países, y yo creo que todo tiene que ver. Las ruinas, el mundo en ruinas, eran una incitación a crear un mundo nuevo. No a reconstruir el viejo sino a producir, a crear una civilización distinta con los restos del pasado. En todo caso, yo sólo escribo de mí mismo. Al hacerlo, creo, escribo también en nombre de muchos otros. En el de los grandes artistas que quizá hubieran podido surgir, pero que perdieron la vida en algún campo de batalla o víctimas de algún bombardeo. Mi cuarto libro, por ese motivo —por el de dar cierta voz a los que tuvieron que quedar mudos—, era un fragmento de mi autobiografía. Yo viví en la casa que aparece en el libro. Yo soy un personaje. Mirándola bien, el conjunto de mi obra es autobiográfica. A los escritores del Movimiento Literario Sumamente Innovador se les ocurrió —sin ponerse de acuerdo— introducir en el relato un personaje que llevara su propio nombre. Otra escritora más de este mismo movimiento escribió también un libro utilizando una fórmula semejante. Exactamente en la misma época redacté yo una autobiografía, un poco antes de que el autor que después ganó el Premio Nobel escribiera la suya propia. En realidad, toda la obra de aquella escritora a la que me refiero es autobiográfica, toda la obra del futuro ganador del Premio Nobel también lo es. Simplemente se complicaba la información al incluir un personaje que llevara nuestro nombre sin respetar las leyes de la autobiografía tradicional, que en esa época había sido acotada, normativizada, por un académico imbécil en un trabajo académico, que tuvo cierta relevancia en la época, donde se refería a un cierto pacto autobiográfico. Había dos reglas que ese tarado enunciaba en el famoso pacto: uno sólo puede empezar su autobiografía cuando haya comprendido el sentido de su existencia. Bueno, lo siento mucho pero yo empiezo mi autobiografía precisamente porque no entiendo el sentido de mi existencia. La segunda regla que ponía aquel sujeto era que el escritor tenía derecho a equivocarse, pero no derecho a mentir. Esto es muy curioso porque más adelante ese mismo badulaque cita una gran autobiografía. Hace alusión a un libro admirable que es un increíble tejido de mentiras. Casi todo en esa obra es inventado. Por ejemplo, la relación del autor con el joven rey de Bohemia, todo eso es absoluta ficción. Incluso se cree que el autor de esa biografía aparentemente paradigmática nunca fue a las Cataratas del Niágara, que es un pasaje valioso de sus memorias. Creo que esa obra es un gran libro justamente por sus mentiras. La impostura es mucho más interesante que la verdad porque es mucho más vasta. La veracidad, en cambio, es un poco limitante. Cierta autor inglés afirma que la mentira es mucho más importante que la verdad porque abarca un espectro de mundos posibles infinitamente más amplio y excitante. Además, la noción de lo cierto es una idea altamente cuestionable. Yo no sé qué es la verdad, especialmente la verdad de mi infancia, una verdad que yo no comprendo. Hay certezas momentáneas, vacilantes y provisionales. No existe la certeza. A fin de cuentas, la verdad es un concepto fascista que sirve solamente a la opresión. Yo no necesito antídotos, yo nunca he estado oprimido. Yo no la conozco —la opresión—, yo no sé qué es. Yo no necesito un antídoto. Simplemente reprocho ciertas ideas a determinados teóricos por confiar en tonterías. Se sabe que los científicos no creen en la existencia de la misma ciencia. Las

construcciones matemáticas que permiten ir a la Luna, por poner el caso, producen algo en un mundo material, pero un matemático nunca dirá que eso es cierto. Es simplemente un sistema de cálculo que permite hacer cosas extraordinarias, muchas veces en contra de la razón misma. Las matemáticas han hecho un progreso enorme hace ya varios siglos con la invención de los números imaginarios. Ahora bien, un número imaginario es algo muy extraño. Es posible comprender lo que es un número negativo. Pero un número imaginario es absolutamente incomprensible desde el punto de vista de la racionalidad. La definición de número imaginario: es un número que contiene la raíz cuadrada de un número negativo. Sin embargo, un número negativo no puede tener raíz cuadrada. El cálculo ha tropezado con eso durante mucho tiempo. Se nos decía que la ecuación de segundo grado tiene una incógnita $ax^2+bx+c = 0$, y no había solución a menos que el discriminante fuera positivo. Se nos decía que no se puede sacar la raíz cuadrada de un número negativo. Después, de pronto, alguien dijo que sí, que se podía imaginar que hay una manera de hacerlo, y esa persona imagina el símbolo «I». Esto es completamente opuesto a la racionalidad. El número imaginario no se puede representar. En fin, todas las matemáticas se han construido sobre nociones como ésta. Otro científico ha formulado esta idea que es excitante: el criterio de científicidad de una teoría no es que ésta tenga razón; todo lo contrario, el criterio de científicidad es probar que al menos en algún punto esta teoría se equivoca. Este estudioso dijo que la ciencia es un cuerpo vivo que para existir necesita de fisuras, de agujeros. Es decir, que la teoría tenga lagunas. Obviamente, parece poco racional que el criterio de científicidad no sea el hecho de que la teoría tenga razón sino que, justamente, se equivoque. Esto fue retomado después para aplicarlo a los dos grandes opresores ideológicos de nuestra sociedad —cuyos nombres ahora tampoco recuerdo, menos cuando me toma la imagen del hombre abrazado a la bicicleta—. Ese jardinero no ha recibido ni una sola carta. Ignora si su hijo está vivo o muerto. A partir de los opresores científicos, no los ideológicos, todas las fisuras se taparon. Y ese hombre no lo sabe. Ignora incluso hasta qué punto la decisión de su hijo puede haber sido motivada por esa clase de personas. Es quizá por esa razón —por no haber estado nunca de acuerdo con los opresores ideológicos— que mi escritura siempre ha molestado. Aunque ese hecho, que mi escritura incomode a alguien, me parece un poco extraño teniendo en cuenta que esta escritura no existe. La voy inventando ahora desde la terraza donde en cierta ocasión tomé un plato de sopa frente al señor Bernard. Pero bueno ¿por qué no? Incluso una lectura inexistente puede molestar a un lector inexistente. Pero, ¿usted —lector de la nada— continuó con la lectura de mi escritura? ¿La releyó? ¿Usted siguió por masoquismo o porque pensó que había tal vez algo interesante? Ese lector, que es quizá un lector avezado e invisible —no lo sé de cierto—, está descontento con mi cuarto libro e interrumpió —esto ocurrió en la vida real— hace algún tiempo una conferencia que estaba dictando para hacerme una pregunta sobre los insectos. ¿Cuál es su relación con ellos?, me preguntó en mitad de mi intervención. No le contesté en ese momento. Esperé que terminara el tema que tenía preparado discutir en aquella ocasión y al final me acerqué a él para decirle que lo ignoraba. Mientras me detenía a observar su mirada

incrédula, recordé que he estudiado mucho la antropología a lo largo de la vida. Es por eso que preparo de vez en cuando alguna sopa con restos de aves, o camino ciertas tardes por los bordes de los acantilados. Es por eso también que ya no vivo en el norte sino en el sur. Podría darme por vencido, continué pensando, y entregarme sin más a las fuerzas sociales del gobierno y permitir que me regresen a habitar a un asilo o a un hospital de mi ciudad de origen. Pero me resisto a asumir tales conductas. Aquí estoy más que feliz recorriendo las calles, los puentes, los callejones donde los inmigrantes se reúnen para hablar en sus idiomas. Acudiendo, como antes, al cementerio marino para observar el desconcierto de los visitantes. Este poblado me parece un buen lugar para que mi cuerpo se vaya deformando. Para que se vaya convirtiendo en una tabla lisa y horizontal. También me parece una buena idea haberme hecho conocido en los programas de ayuda medicinal. Todos los meses hago la cola para obtener mi ración gratuita. Eso hace posible que los niveles de mi cuerpo —si bien deben estar altamente intoxicados— no lleguen al punto en que deba, por ley, renunciar a mi libre albedrío. Desde que conocí al señor Bernard he dejado de tomar las medicinas. Nadie lo debe saber. Por eso hago la cola religiosamente. Aprovecho las horas en que el señor Bernard toma su siesta. Luego voy con los frascos hasta el borde del acantilado y, una a una, voy arrojando las pastillas al vacío. Se produce entonces un espectáculo interesante. Los diferentes y diminutos colores cayendo hacia el mar son un entretenimiento que nunca antes se me hubiera ocurrido practicar. Y me gusta también preparar sopa de aves principalmente porque tengo la seguridad de que los pájaros, a su vez, se alimentan muchas veces de insectos. Sin embargo, no me atrevería a decir, como aquel sujeto algo impertinente lo quiso señalar en la sala de conferencias, que los insectos sean un elemento fundamental en mi vida. Tal vez esa persona tenga alguna buena razón en haber preguntado algo así, interrumpiendo de ese modo la disertación que estaba desarrollando. Quizá no sólo para esa persona sea una buena idea saber qué tengo que ver yo con aquellos bichos. Esta tarde, después de pasar a recoger los medicamentos gratuitos para luego arrojarlos al mar, prepararé sin falta un ensayo sobre los insectos. En mi cuarto libro, por ejemplo, el personaje central no se trata de un insecto sino de un ciempiés. Una de las características que identifican a los insectos son las seis patas. Es la definición misma de un insecto. Las arañas tienen ocho, no son insectos, mucho menos los ciempiés. En ese libro hay un ciempiés en la pared. Es un elemento realista. Quiero decir que la escena se sitúa de una manera casi gráfica en una de esas casas coloniales que aparecen en el libro, en donde no había aire acondicionado. Qué época feliz. Se podía vivir en países cálidos sin resfriarse. Efectivamente, el ciempiés era una parte de la decoración que solía cobrar importancia en esas casas, es verdad. Este objeto realista, en el libro, va tomando en cierto momento una dimensión fantasmagórica. En un instante tiene unos cuantos centímetros y en otro pasaje es tan gordo como un plato. Es decir, este objeto real se convierte en un aura. No se sabe bien de qué, muy probablemente hay una relación con la energía sexual y la virilidad. Quisiera decir dos cosas más. Por ejemplo, que cualquier persona, incluso el jardinero del hijo de la bicicleta o el sepulturero del cementerio de Sète, se pueden preguntar, con justa razón, cómo se

puede escribir novelas después de las que realizaron los dos grandes creadores de principios del siglo veinte. El camino tomado por las nuevas formas del Movimiento Literario Sumamente Innovador no es el sendero seguido por ninguno de estos dos autores. La opción de uno es la del monólogo interior. Es decir que su obra es un flujo de conciencia. Por el contrario, en el Movimiento Literario Sumamente Innovador se pensó estructurar el relato de manera precisa. Bueno, es verdad que yo he contado esa anécdota— la del encuentro con el señor Bernard en el preciso momento en que le cae una piedra en la cabeza cuando circulaba por la vereda que baja al lado del farallón—, pero la importancia que le da a esta experiencia Mario Bellatin —mi otro yo, el doble de mí mismo sería más propio decir— le atañe sólo a él. Mario Bellatin tiene todo el derecho de hacerlo. Cuando yo conté esa historia —a la que añadí la del padre jardinero abandonado por el hijo ciclista y la de las visitas cotidianas al cementerio marino— había precisado que la autobiografía —y más aún la que se escribe sólo con la mente— tiene el total derecho de inventar. Ése fue un punto importante en la historia de la autobiografía. La regla era que la autobiografía debía ser sincera y verídica, y yo no creía que eso fuera posible. Incluso me parece que el tema no tiene el más mínimo interés. Creo que la autobiografía tiene todo el derecho de ser solamente ella misma. De crear cosas que le atañen sólo a ella. No únicamente cuenta con el derecho, sino también tiene el deber de que así sea. Eso creo. Sucede que en esa misma época, la segunda escritora que nombré escribía un libro cuyo personaje principal era pura invención. El personaje chino que aparece en su libro no era ni chino ni millonario y tampoco se acostaba con ella. Creo más en la invención de una ficción que se inserta en medio de los hechos reales. El conde Henri de Corinthe existió, pero yo no sé absolutamente nada de él, no tengo más que escasos testimonios o huellas de su existencia que me quedaron en la historia de Francia porque él fue un personaje sobre el que se ha fantaseado mucho. Eso es muy importante. Al igual que el personaje chino de la escritora, que vagamente existió pero no era así, pues se trata de un ser que nunca tuvo una vida real. Henri de Corinthe, tal y como se presentó en mi pseudo autobiografía, es también una suerte de invención. Si uno quiere estudiar a un escritor, creo que sería una pena pasar por alto sus fantasmas. Por otra parte, tengo un recuerdo muy preciso de algo que no he contado. Yo debía tener cuatro o cinco años, algo así. Me encerraban en mi cuarto del primer piso cuando mi padre y el conde Henri de Corinthe hablaban. Una noche, bajé las escaleras y me puse a escuchar detrás de la puerta del gran salón donde, frente al fuego de la chimenea, conversaban los dos hombres. Reconocí la voz de mi padre y otra voz que era también la de mi padre. En ese momento, como era un niño inclinado a lo fantástico, me dije, ah sí, es por eso que no me dejan bajar, porque no quieren que presencie este acontecimiento perturbador. Algunas tardes, mi padre se desdoblaba y mantenía grandes conversaciones consigo mismo. Entonces yo subía a mi habitación, tranquilo, diciéndome, es otro papá, tengo dos papás. Se puede encontrar un aspecto de esto en algunas partes de mi escritura. Cualquiera sabe, es una tesis generalmente aceptada, que toda la obra de un escritor se forma en la infancia. Ya sean sus recuerdos, sus miedos, sus esperanzas, sus penas. La psique infantil va a producir después una literatura, novelas y cosas

por el estilo. Creo que es una idea interesante. No pretendo que sea verdad —quiero precisarlo en este momento, en que me hallo sentado en la terraza del señor Bernard—. Ya he hecho alusión, a propósito de la autobiografía, a que no creo en lo real. El hombre no es el ser de la verdad, es el ente de la invención, se inventa a sí mismo sin cesar. Por lo tanto, la infancia puede servir. Aunque yo podría, si lo deseara, desarrollar una teoría absolutamente contraria y sería verdadera también. Es decir, que sería igualmente interesante e igualmente fantasiosa. Para lograr esta especie de labor de sofista me sirvió aprenderme casi de memoria la obra de cierto escritor mexicano. No está inmersa para nada en la realidad. Es un libro extremadamente importante sin ser grueso. No creo que se pueda decir que la obra de este autor mexicano esté bajo la influencia del Movimiento Literario Sumamente Innovador. Cuando yo conocí al autor en persona — recuerdo que apareció cierto atardecer en mi habitación cuando yo despertaba de la siesta—, al menos no me dijo algo semejante. En todo caso, si en realidad este autor se inspiró en el Movimiento Literario Sumamente Innovador entonces yo bendigo el Movimiento Literario Sumamente Innovador porque ese libro es extraordinario. Hay muy pocas obras tan importantes como ésta en la literatura contemporánea. Es una obra que permanece aun hoy como un texto enigmático. Se puede hablar de él por horas y decir cosas, y no se habrá expresado nada todavía. Y alguien más vendrá y afirmará otras cosas completamente diferentes. Es un libro de una riqueza absolutamente insospechada. Si yo no soy indirectamente el padre, sino el abuelo de ese libro me alegro mucho. Por otra parte, hay que ver que mis obras se tradujeron rápidamente al castellano. No estoy seguro de que hayan tenido una gran difusión en la época en que las escribí. Sin embargo, cuando yo pregunto a los mexicanos o a los argentinos, incluso a los franceses que se confiesan tan admiradores de mi obra, cuando les interrogo sobre lo que han leído, me doy cuenta de que en realidad no han leído nada. A pesar de que los libros en ambas lenguas estaban allí presentes. Quizá el mito del Movimiento Literario Sumamente Innovador los haya incitado a escribir, pero yo no creo que los libros en sí mismos hayan sido muy conocidos como para que pudieran tener cierta influencia en ellos. No obstante, creo que mis libros sí han incitado abiertamente a un escritor argentino en particular. Ese autor era un lector pertinaz de mis obras —lo afirmó en más de una entrevista—. Aquel autor es de origen sirio y fue educado en Argentina, en la pampa gaucha, y al parecer fue allí donde leyó mis primeros textos. Los leyó en castellano. En toda la obra de ese autor, y en muchas novelas argentinas, se bebe mucho, se hacen fiestas en las que se discute de literatura de manera interminable. Se bebe, se come chorizo y se habla de escritura. Entonces, en cierta parte del libro del autor argentino hay una discusión entre los personajes sobre el *Otelo* de Shakespeare. Sobre si *Otelo* era o no celoso. Eso es interesante. El personaje principal interviene y dice: Otelo no era celoso. Todo lo que hace a lo largo de su vida nada tiene que ver con los celos. Hoy sabemos que un celoso no estrangula a su mujer, eso es completamente absurdo. Un celoso cuenta los plátanos de su plantación y sigue la sombra de una columna en la terraza de su casa. Es evidente que este dichoso escritor citaba abiertamente fragmentos de mis libros. No mencionaba, eso sí, ni los

títulos ni mi nombre. ¿Cómo lo iba a hacer si ni yo mismo sé realmente cómo me llamo y si, además, no he escrito nada de manera real? Sin embargo, conocer estos hechos fue muy conmovedor para mí. Incluso más que el llanto del hombre de la bicicleta. Era más intenso, porque un hombre que vivía cerca de la ciudad de Rosario, peor aún, más lejos que Rosario, daba alguna importancia a mis libros. Es verdad que yo pude ejercer cierta marca, pero la influencia masiva de la que hablan, la que dicen una y otra vez que produjo, no creo que sea verdad. Otro escritor argentino siempre me negó, aunque afirmó varias veces que se sentía muy cercano al Movimiento Literario Sumamente Innovador. Quizá la obra del autor amigo mío que terminó ganando el Premio Nobel —al cual como afirmé publiqué sin necesidad de que colocara explicaciones al final de sus textos— haya tenido un impacto más grande en otros escritores. Creo que es —aparte del éxito mediático que obtuvo la autora que habló de sus relaciones eróticas con el personaje chino— el que más éxito ha tenido. Curiosamente, este amigo escritor había tenido un público menos grande y una presencia mediática más pequeña, pero obtuvo el Premio Nobel, lo cual es totalmente justificado. ¿Qué fue, en suma, el Movimiento Literario Sumamente Innovador para mí? Yo supongo, aunque nadie me crea —y menos el guardián del cementerio marino que es quien me dice que mi cuerpo se va deformando—, que desde hace dos siglos la novela ha sido siempre nueva. Cualquiera sabe que hay, en el mundo occidental, una tradición de la novedad, de la renovación, incluso de lo revolucionario. Los países con una gran cultura como China, por ejemplo, tenían una tradición de excesivo respeto al pasado. Se alababa a los escritores atávicos y se intentaba imitarlos. En China, la reproducción de obras es tal que es muy difícil fecharlas si no se cuenta con el documento preciso, la calidad del papel, de cosas así. La música china, por ejemplo, ha evolucionado tan poco que se pueden cometer errores garrafales de tres, cuatro, cinco siglos cuando se trata de precisar determinada época. El respeto a los ancestros y la reproducción de su obra es una cualidad fundamental. En Occidente, por el contrario, la tradición es opuesta. Se trata de ir siempre en contra de los padres. A uno puede gustarle la obra de alguien del siglo anterior, pero eso no implica reproducirla. Todo lo contrario, se intenta muchas veces destruirla. Si digo que la novela ha sido siempre nueva, quiero decir que cuando aparece cualquiera de los grandes creadores que recordamos por sus obras asombrosas, vemos que desarrollan una escritura que trata de erigirse como diferente. Hay una voluntad de renovación e incluso de revolución. Es decir que el escritor no puede decir a los jóvenes: «Miren lo que he hecho, intenten hacer lo mismo». Debe decir: «Miren lo que he hecho, hagan lo contrario». Tradicionalmente, desde hace siglos, hay una voluntad en los jóvenes no tanto de matar a sus precedentes sino de deconstruir. El Movimiento Literario Sumamente Innovador agrupó a algunos escritores en virtud de determinadas ideas. Yo he hecho lo mismo. Lo advierto sobre todo cuando reviso mi exigua biblioteca. Si alguien quisiera saberlo le diría que no soy escritor de profesión, ni cineasta, sino ingeniero agrónomo especialista en las enfermedades del plátano, que me dedico además a merodear por el poblado recabando las medicinas gratuitas que me otorgan los programas de salud y que una vez hallé a un tal señor Bernard herido en la cabeza. De pronto, lo

recuerdo de manera muy clara, se empezó a hablar en la prensa de nosotros como escritores. Del señor Bernard y de mí principalmente. Se hizo alusión a nuestra existencia, asunto que no había ocurrido antes porque la crítica daba la impresión de tenernos miedo. Si nosotros hubiésemos sido terroristas aislados, hubiera sido quizá todavía tolerable, pero si era toda una organización de ese tipo había que luchar contra ella tan pronto como fuera posible. Nos hicimos famosos muy pronto. Sin embargo, no nos leyeron tan rápido, porque había una gran resistencia a aceptar una escritura semejante. A pesar de ello, nos hicimos conocidos. No se puede decir que el Movimiento Literario Sumamente Innovador haya sido una escuela, porque en una institución de ese orden casi siempre hay un jefe. Un líder que da las directrices, que señala los puntos buenos y los puntos malos, y que teoriza por todo el grupo. Por el contrario, yo he impulsado a cada uno de los escritores a ir tan lejos como su propia locura les permitiera. A mi parecer, eso garantizó su éxito. Todos los escritores eran unos completos desconocidos y ahora son célebres, todos tienen un rol principal, lo cual quiere decir que no hay directores de escuela ni alumnos, sólo hay roles principales. Creo que ese grupo en su conjunto ha producido una serie de obras múltiples, diferentes y considerables. Creo además en el futuro del Movimiento Literario Sumamente Innovador, pero no como una descendencia de mi propia escritura, sino como una capacidad de renovación de la que son capaces los escritores jóvenes. Siempre hay retrocesos. En este momento, por ejemplo, se vive un período extraño. Es decir, que muchos de los novelistas que han sido muy revolucionarios se han convertido en autores comunes. Es como si el espíritu del cambio se hubiera terminado. Pero creo que este rasgo es pasajero. No obstante, hay algo en los jóvenes de lo que uno debe desconfiar. Algo que me parece peligroso. Muchos de ellos quieren ganarse el sustento con la literatura. Creo que eso es un grave error. Jesús dijo a los Fariseos: «En verdad os digo, aquel que quiera ganarse la vida, la perderá». Ésta es una advertencia. Por otra parte, si una literatura es verdaderamente nueva, tardará años en encontrar un público. Entonces, si el joven escritor de veinte años ya tiene una esposa, hijos, un departamento, peces rojos, un gato, un perro, un coche, necesita obtener dinero para sostener todo eso. A menos que tenga un cónyuge que lo alimente, lo que a veces sucede, felizmente. Pero de nuestro grupo, ninguno tuvo la intención de vivir de nuestros escritos. Yo me mantenía de mi profesión de ingeniero en investigación agronómica. El autor inglés vivía de las pequeñas rentas que su familia le había legado. Querer vender la literatura se justifica, pero escribir con el objetivo de comercializarla es un grave error. Creo que he tenido, desde mis primeros escritos, una idea mesiánica. Es decir, siento que los demás no comprenden lo que yo hago: de acuerdo. No puedo explicárselos: de acuerdo. No obstante, yo soy el que tengo la razón y ustedes lo sabrán en algún momento. He recorrido muy rápido el mundo entero propagando la buena nueva. Me he desplazado en el instante en que veía gente reunida y, hop, les hablaba del Movimiento Literario Sumamente Innovador. Y el padre de todos nosotros en ese dominio, Jesús, tenía una voluntad. Cuando Jesús dijo: «Ellos tienen ojos y no ven, ellos tienen oídos y no escuchan. Aun así, hay que hablarles». Creo que esta especie de energía profesoral que he desarrollado en mi existencia ha jugado un

rol que hace que uno escape de eso que llaman azar. He tenido a lo largo de mi existencia una serie de oportunidades que he sabido aprovechar. Por ejemplo, ya he citado la primera, que fue que un editor me confiara su casa editorial. Poco tiempo después, una asociación de profesores en Estados Unidos decidió invitarme a dar cursos de literatura. Cursos sobre mí. Rápidamente me convertí en profesor de mí mismo, con la bendición de la universidad americana. Eso es una gran suerte. Aunque algunos dicen que ese trabajo lo obtuve por haberme dejado crecer una gran barba. Un día, algunos otros profesores me dijeron que antes tenía una cara fea y fofa, y que de esa forma nunca me hubieran dejado predicar. Esto era en parte broma, quizá sólo en parte. Tal vez deba algo a esta barba. Además, uno debe imaginar que a fin de cuentas en la literatura no hay azar, es decir que no hay eventos tan inexplicables como los que demuestra en su escritura ese autor mexicano tan excepcional al cual me suelo referir con frecuencia. Aquél que sólo escribió dos pequeños libros. Sería interesante demostrarlo. No sé por qué motivo —quizá sea por los rostros decepcionados que advierto en algunos de los visitantes al cementerio marino ubicado al otro extremo del farallón— jamás empleo la palabra «gracia». Debo decir que quizá se deba a que he escapado a toda educación religiosa. Del lado de mi madre así como del de mi padre provengo de familias republicanas, bastante hostiles a la Iglesia. Evidentemente eso causaba cierto escándalo en Bretaña, donde dicen que nací. Y fui incluso bautizado. Uno al menos bautiza a los niños, ¿no? Crea o no en los malditos mandamientos. Después de cumplir con aquel sacramento nunca más volví a entrar a una iglesia hasta la edad de treinta años. Eso ocurrió cuando empezó a interesarme el arte gótico. El hecho de que haya escapado completamente a una educación religiosa me ha creado una especie de extranjería con relación a muchos de mis amigos. Pienso, sin ir muy lejos, en el erotismo presente en varias de las obras de autores de mi edad. Se trata de un erotismo terriblemente marcado por el catolicismo. Y yo he escapado a todo eso. A mí me interesa, me apasionan, algunos pasajes de la Biblia del Antiguo Testamento, el cual leo como texto literario. Pero las nociones místicas de gracia o de redención las he ignorado siempre por completo. Sin embargo, puedo emplear otra palabra diferente que encaja bien con lo que se quiere expresar de esa manera. Es el genio. Es decir, que esa cualidad se reconoce de inmediato. A partir de la lectura de algunas frases uno puede saber ya que un escritor es un gran escritor. Cuando algunos de los habitantes de la zona —que me ven aparecer con el cuerpo deformado y sin brazo, casi como salido de la nada— afirman que fui educado por fantasmas ellos creen que tienen razón. Aunque lo parezca, no es exactamente así. Lo que sucede es que en la civilización de las montañas —de donde parezco provenir— los muertos acostumbran vivir al mismo tiempo que los no muertos. Por poner un ejemplo, muchos de estos personajes son los marinos desaparecidos en el mar —aunque parezca un contrasentido es asombrosa la cantidad de personas de la montaña que terminan sus días en medio del océano—, quienes no recibieron en su debido momento los sacramentos de la Iglesia. Así pues, hay buenos cristianos que no pueden entrar al paraíso porque murieron sin ser bendecidos. Están condenados a vivir, a estar entre los vivos. Es quizá ésa la razón por la que estoy refugiado en este poblado

del sur. Como guarecido por la figura tutelar del buen Paul Valéry, quien los colocó a todos y de una buena vez en su famoso cementerio, lugar que como sabemos no está relacionado con lápidas azotadas por las olas o por tumbas sumergidas debajo del agua. Mi vida estuvo marcada por ello, sin lugar a dudas. Por el hecho de que la gente a mi alrededor estuviera viva y muerta a la vez. Uno encuentra eso en la mayor parte de mis obras literarias. La constatación de que el mundo de los muertos y el mundo de los vivos no se tratan de mundos separados, sino experiencias que se comunican entre sí. Yo experimenté esta sensación de manera natural. Como era un niño nervioso, me contaban historias para inducirme el sueño. Eran cuentos de fantasmas la mayoría de las veces, y creo que eso me provocaba pesadillas. Desde muy temprana edad tuve noches extremadamente agitadas. Durante el día era un niño tranquilo, pero la noche era alterada por ese mundo de sueños y pesadillas que me habitaba completamente. Uno puede muy bien imaginar por eso —con frecuencia se pregunta a los escritores por qué escriben y los autores no saben muchas veces qué contestar— que quizá mi escritura tenga este elemento de alteración nocturna como causa. En todo caso, debía haber una fuerza muy grande que me impulsaba a ello, ya que esta profesión era a la vez honorífica y una buena oportunidad de inserción en el mundo burgués. Una fuerza tal que me hizo desconocer que me estaba vedado acceder a ese mundo, pues yo formaba parte de una familia pobre. En realidad, no provengo de ninguna familia. Desde que tengo uso de razón me he visto a mí mismo deambulando solitario por las calles del poblado. Quien afirma que nació al norte del país —en Brest— es el señor Bernard, quien narra además que era un ingeniero agrónomo que se especializaba en la enfermedad de los plátanos. Seguramente era una fuerza muy violenta la que me impulsaba a escribir y a continuar haciéndolo cuando por mucho tiempo —hay que decirlo— ni los editores ni el público querían mis libros. Comencé a ser célebre como escritor ilegible. Como ya todo el mundo debe saber —principalmente porque nunca he redactado una obra de manera concreta—, en un principio mis libros fueron rechazados por los editores de todas las clases. Yo los puedo comprender de manera perfecta. No era precisamente con mis libros como podían ganar dinero. Pero luego, cuando una pequeña editorial decidió publicar mis novelas —así como las de todos los autores que habían sido rechazados por las demás casas—, la crítica intentó leer mis libros pero no pudo. Y yo me digo ahora que me parece algo extraño. Pienso, no puedo sacar otra conclusión, que esos grandes críticos franceses de la época eran profundamente iletrados. Es decir, que ellos pensaban que la literatura se había detenido en el siglo diecinueve. Parecía que mis libros eran ovnis —objetos voladores no identificados— que habían caído de otro planeta. Y mis obras no eran eso. En realidad, mis libros eran la continuación de la evolución de la literatura que, obviamente, había comenzado mucho antes de que yo comenzase a escribir. En cuanto a la idea de por qué un ingeniero agrónomo escribe, cuál es la fuerza que lo impulsa a crear obras literarias, yo he dicho con frecuencia que me parece que hay dos energías muy diferentes que impulsan a la escritura y que esa fuerza quizá no sea la misma para otros autores que para mí. Es lo que yo llamo la identidad de un autor. Un elemento constitutivo que no tiene que ver, ni siquiera, con el hecho

de que un escritor escriba utilizando las palabras. El lápiz y el papel. La máquina de escribir y su atormentante sonido infinito. La computadora y su pantalla brillante. Aquí estoy yo, un ser anónimo amigo de un tal señor Bernard que afirma que perteneció a un grupo llamado Movimiento Literario Sumamente Innovador, que significó una ruptura con todo lo que se venía escribiendo hasta entonces. Pero yo ahora, que acabo de ver cómo las ancianas vestidas de negro han sacado del ropero un traje del señor Bernard —que para colmo era el que más detestaba—, me encuentro escribiendo de manera mental mientras trato de imaginar cómo serán mis días a partir de ya no poder seguir realizando los paseos diarios junto a semejante hombre. Desde ahora seré nuevamente tratado como siempre por los demás habitantes del poblado. De nuevo haré la fila mensual para recibir los medicamentos gratuitos —que dejé de consumir, pues sus efectos secundarios interferían muchas veces con las palabras que el señor Bernard expresaba durante sus interminables disertaciones dirigidas a la nada—. Bajaré entonces, de cuando en cuando, al puerto para confundirme con los inmigrantes marroquíes, quienes de seguro buscarán involucrarme en sus negocios sucios. Harán que transporte a distintos puntos del poblado los paquetes que reciben con frecuencia de los barcos. Como sabían que contaba con la bicicleta del hijo del hombre abandonado, hubo veces en que me solicitaron más servicios que de costumbre. Eso solía ocurrir antes de que al señor Bernard le cayera una piedra del acantilado. Ahora no sé cómo reaccionarán esos extranjeros cuando me vean sin el vehículo y con el cuerpo aun más deforme que de costumbre. Con el cuello entumecido, la espalda arqueada. Con todo mi yo atraído por alguna fuerza invisible para que adopte una postura casi horizontal. Es probable entonces que no quieran inmiscuirme más en sus asuntos. Los comprendo. Con estos cambios que experimenta mi cuerpo es posible incluso que los meta en algún problema al no poder huir de la policía como es debido. El señor Bernard mencionó más de una vez a ese tipo de personas, los inmigrantes, y a la relación que acostumbran guardar con los franceses. No recuerdo a qué nacionalidad en específico se refería cuando me hablaba de ellos, pero para el caso viene a ser igual. Afirmaba que un autor a quien admiraba mucho había publicado un libro bajo la ocupación alemana de 1942. Siempre me repetía el señor Bernard la frase con la que abría semejante libro: «Hoy ha muerto mamá. O quizá ayer. No lo sé. He recibido un telegrama del asilo: Falleció su madre. Entierro mañana. Sentidas condolencias. Pero esta información no quiere decir nada»... solía decirme el señor Bernard mientras continuábamos con nuestros paseos. Uno tendría la impresión, al leer algo semejante, de que alguien se pone a hablar porque no comprende el mundo. Es quizá esta razón por la que ese autor escribía. Hay en estas primeras frases dos proposiciones sorprendentes: «no lo sé» y «no quiere decir nada». En ese libro alguien avanza con vacilación sobre un terreno movedizo que no entiende. Además, hay que señalar —afirmaba deteniendo su paso— que el narrador indica en la primera frase las palabras «hoy», «ayer», «mañana». Esto crea una especie de fluctuación temporal, hecho curioso que desestabiliza completamente al lector. Por otra parte, la palabra «hoy», la que abre el relato, es lo que los universitarios llaman un deíctico. Se llama deixis a un término que pertenece a los filósofos griegos, pero que fue muy utilizado en la crítica

literaria. La deixis es el conjunto de términos del enunciado que indica el origen del enunciado. «Hoy» es un deíctico temporal. La segunda palabra «mamá» puede considerarse también un deíctico pues, efectivamente, si hay «mamá» hay alguien. Dios no puede decir «mamá». Dios no puede decir «hoy» ni «mamá». Este conjunto de deícticos movedizos son algo importante y se desarrollan de una manera curiosa a lo largo de la primera parte de aquel libro. Para colmo, «mamá ha muerto», es decir, el pasado es indefinido. «He recibido un telegrama del asilo». Pretérito indefinido o pretérito perfecto. El señor Bernard pensaba —o al menos así me lo decía— que si dicha obra se transcribiera al pretérito definido, al pretérito histórico, todo el libro se vendría abajo. Según sus palabras, el texto se sostiene únicamente por ese pretérito indefinido. El acontecimiento más importante del libro es que los hechos ocurren: he hecho esto, he hecho lo otro, él me ha dicho esto, él me ha respondido. En efecto, el pretérito definido es el tiempo de la causalidad y, por consiguiente, de la cronología, mientras que el pretérito indefinido es el tiempo de la no causalidad. Los acontecimientos han sido aislados de su causa y de sus efectos. Mucha gente se ha preguntado por qué al final de esa novela se condena a muerte al acusado. Había matado a un árabe, pero en esa época del sistema colonial francés, que un blanco, que un occidental hubiera asesinado a un árabe que sacaba un cuchillo, tendría necesariamente atenuantes, nunca sería condenado por ello. En realidad, el señor Bernard pensaba que el acusado era condenado a muerte porque vivía en el pretérito indefinido. Eso es lo que la Corte, el sistema judicial que aparece en el libro, no tolera. Que los acontecimientos del texto hayan sido separados de su posible causalidad. Su madre está muerta y el personaje va al asilo, al entierro, va al velorio, que era una costumbre cristiana. No sé si eso exista todav

a. En esa época todos los amigos y los parientes, así como los ancianos del asilo velaban al muerto, es decir, rodeaban el féretro. El contenido del texto dice más o menos lo siguiente: «... el portero me ha preguntado si quiero café con leche. Me gusta mucho el café con leche, he dicho que sí. Él ha traído la taza y la ha puesto en...». He hecho esto, he hecho lo otro. Al fin y al cabo, él bebe café con leche sobre el féretro de su madre. Evidentemente, como él vive en el pretérito indefinido los elementos de su existencia han sido aislados de cualquier posible causalidad social, familiar, y eso lo lleva a beber café con leche. Lo que me parece interesante es que beba café con leche. Porque si él hubiera bebido café negro, tal vez no habría sido condenado a muerte. Uno toma café negro para mantenerse despierto, mientras que el café con leche se disfruta con la amante por las mañanas. Hay una especie de sensualidad culpable en el café con leche. El señor Bernard me repetía con insistencia que los grandes escritores eran de esa raza. La de aquellos que escribían porque no eran capaces de comprender el mundo. Entonces yo —como siempre, pero con mayor insistencia después de escucharlo— me puse a escribir, imaginariamente eso sí, porque no comprendo el mundo. Lo hice en la mesa donde me sirvió alguna vez una sopa hecha con restos de pájaros. Eso es todo. Para colmo, entre más escribo, menos entiendo. Ahora no sé qué va a pasar, sabiendo además que en el ropero del señor Bernard falta un traje, por si fuera

poco el que más detestaba. El que tenía separado para usar cuando las circunstancias lo obligaran a regresar a su odiado Brest.

